



ÉPOCA 4.^a — AÑO X. — TOMO VIII.

NÚMERO 27. — Madrid 25 de Septiembre de 1885.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

SUMARIO

TEXTO. — *Visita del Ilmo. P. Cámara, Obispo de Salamanca, á los apestados de Macotera.* — La Decena, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados.* — *Excursión á la sierra del Alto-Rey*, por D. Manuel Pérez Villamil. — *El pino aserrado*, por D. Pedro de Madrazo. — *La butaca del barón de Rothschild* (conclusión), por Alberic Second. — *Higiene*, por el Dr. E. Decaisne. — *Patriotismo y abnegación* (continuación), por Esteban Marcel. — *Conocimientos útiles.* — *Miscelánea.*
GRABADOS. — *Visita del Ilmo. y Rmo. Fr. Tomás Cámara, Obispo de Salamanca, á los apestados de Macotera.* — *Facsimile de un grabado en acero publicado en la vida de este Apóstol de las islas Marianas.* — *Palacio de la industria en la Exposición de Buda-Pest* (Hungría). — *Rumanos de la provincia de Hungader en la Exposición de Buda-Pest.* — *Gran máquina excavadora destinada á los trabajos del canal de Panamá.*

VISITA

DEL ILMO. P. CÁMARA, OBISPO DE SALAMANCA,
Á LOS APESTADOS DE MACOTERA

DAMOS el primer lugar en nuestras páginas al siguiente escrito del sabio y celosísimo P. Cámara, Obispo de Salamanca, no sólo por el respeto debido á los documentos que salen de su pluma, sino también para dar mayor publicidad al proyecto que en éste se indica, y cooperar en la medida de nuestras fuer-

zas á que se cumplan los caritativos sentimientos del ilustre Prelado.

También, aprovechando unos apuntes que un amigo nuestro nos ha remitido, reproducimos por el grabado una de las conmovedoras escenas de la visita del Sr. Obispo á

MACOTERA

Macotera ha asociado también su nombre á los desgraciados pueblos que forman el cortejo fúnebre del cólera. En vano alegraría el fuero de alzar-



VISITA DEL ILMO. Y RDMO. FR. TOMÁS CÁMARA, OBISPO DE SALAMANCA, Á LOS APESTADOS DE MACOTERA.

se en la favorecida meseta de Castilla, entre las saludables ciudades de Avila y Salamanca. Todo el pueblo, que consta de más de ochocientos vecinos, ha sido más ó menos invadido; y cuando en el pasado año de 1884, en todo él no obtuvo la muerte más de ochenta víctimas, hasta estos días lleva el de 1885 cerca de trescientas.

Macotera es pueblo extremadamente pobre. Sus casas son de tierra, y apenas si se elevan del suelo un par de metros. Los habitantes más acomodados viven sólo en plantas bajas; excusado es, por tanto, añadir que allí no se conocen escaleras, ni pisos principales. Y de las ochocientas familias que le componen, las trescientas son pobres de solemnidad, asistidas por facultativos de menesterosos. Ciento más no están declaradas como tales, pero á mi juicio, bien merecen el título; son los vecinos trabajadores que parte del año tienen jornal, y otra buena parte carecen de él. Su pobreza les obliga á ser algún tanto industriosos, si bien en perjuicio de la salud. Dedícanse á la limpia y comercio de lanas del país, extendiéndose por todas las partes de España y llevando sus reses de uno á otro extremo para ganar escasos maravedises. Los infelices, con tal industria, no pueden sobresalir en la limpieza y aseo ni de sus personas ni menos de sus viviendas, é importan á sus hogares la epidemia de los pueblos infestados. De ahí que Macotera recogerá siempre la mortífera semilla, y la acaricia luego con todas las condiciones de desarrollo y funesta prosperidad.

Cuando yo llegué (10 de Septiembre) al infatigable pueblo, había cedido la peste; pero la hallamos retratada en todos los semblantes y difundiéndose por un ambiente y aire pesado, de nauseabundo olor. Todos los rostros macilentos, los ánimos consternados, el día de luto, la atmósfera de corrupción. No era de extrañar.

Aunque después de los momentos de arreciar el cólera, había el Sr. Gobernador mandado al delegado Sr. Orea, y médicos, medicinas, desinfectantes y recursos; empero el alcalde había visto arrebatada por la muerte á una hermana, á la vez que tenía espirando á su cara esposa. Otro tanto acaecía al juez municipal, destrozado su corazón con la agonía de muerte que pasó su mujer querida. El celoso Párroco vió desaparecer en pocas horas á su sobrina y asistenta; y sin cerrar los ojos, héroe de la caridad, acudía solícito á los demás moribundos. Su digno coadjutor había caído enfermo, rendido de fatiga. Los dos facultativos del pueblo cayeron postrados igualmente, más de cansancio que de la epidemia. Un enterrador, tan irreflexivo como grotesco, sacaba á las once de la noche de la casa mortuoria, entre los lloros y suspiros de sus deudos, el cadáver de una joven brillante; y porque se asomó con recelo á una ventana cierto hombre fornido, le dijo aquél en mal hora: — No te escondas, que dentro de poco vengo por ti. — Dentro de escasas horas fué, en efecto, por él. Yo vi el ventanillo de la terrorífica intimación; y consolé á la afligida viuda del hombre del susto y una infeliz, distraída niña, salvada milagrosamente de los golpes del fiero azote. ¿Era de extrañar tanto terror y espanto? ¿Y qué cuadros de bien triste colorido ofrecen la peste y la miseria juntas!

Unos treinta enfermos hubimos de visitar: varios de ellos, si no la mayor parte, se hallaban recostados en los portales de las casas. Bien es verdad que difícilmente tendrían contadas piezas más aquellas viviendas. ¿Qué digo viviendas? Zahurdas en toda regla deben intitularse muchas. El primer albergue del cólera, foco de infección en el cual fallecieron cuatro personas, tenía todo el aspecto de una pocilga enjuta.

En una de ellas me enseñaron la oscura y vacía alcoba donde acababa de morir la dueña de la casa; enfrente casi yacía postrado el viudo, penetrado de sentimiento por su desgracia, acometido igualmente de la fiera de la peste; y formando ángulo con su cama, aparecía otro lecho, donde asomaba la cabeza escuálido niño de siete años, ya convaleciente; y debajo de un escaño, en el santo suelo, abrigado en una manta, una gamella por cuna, tenían á la infeliz criatura que salió á luz poco antes de espirar su desventurada madre.

A pocos pasos penetramos en nueva morada del dolor. De frente á la puerta, y en el pavimento del portal, veíase una especie de cuévano con ropa. En él yacía un niño consumido, amarillo, con los ojos vueltos al cielo. Le tomamos la manecita, y estaba yerta; y no inspiraba apenas cuidado de nadie: sería porque le envidiaban el inmediato trueque de una cuna miserable, por un trono de gloria; sería porque despertaba más atención su madre moribunda. — Adelante, Sr. Obispo, me decían; está más adentro la enferma; lleva más de un día agonizando. — Entramos adelante, por entre la oscuridad y un pasillo estrecho, se abrió un ventanillo, y vino la luz á dar en

el rostro cadavérico de aquella madre recién parida, que respiraba anhelante. Como hubiese perdido el sentido, la absolvi condicionalmente; y descubiertos todos los asistentes, además de asperjar la casa con el agua bendita, rezamos por la agonizante un Ave María. Eché una mirada en derredor como acostumbraba, para cerciorarme de la pobreza de la familia, ya que todas parecían á primera vista lo mismo, y noté que el techo de la habitación formaba dos corcovas muy salientes. O el techo amenaza ruína, ó eran los banzos de una escalera de tejado... Consolábanos la consideración que desde el cuchitril despreciable podía la buena mujer, mejor que de suntuoso palacio, volar á la región serena de la gloria.

Atravesamos otra calle, y el alguacil nos señalaba un punto, diciendo:—Aquí, aquí. Allí vi una figura de hombre, sobre un mal banco, la cara desencajada, los brazos descompuestos y casi secos; y cara, y brazos, y pecho, todo en movimiento circular, retorciéndose entre mil contorsiones y espantosos gestos, sin acabar de deshacerse, sin acabar de morir. — ¿Tiene conocimiento? — pregunté. — Sí, señor. — Pudíronme haber contestado: sí, para aumento de su dolor. En efecto, le aproximé el anillo, y con harta dificultad lo besó; le hablé de María Santísima, y por las señas amaba á la Virgen dulcísima. — ¡Madre bondadosa, compadécete de tus hijos, los desterrados hijos de Eva!

Sin duda que la Madre de Dios ejerce la compasión con los católicos de Macotera. Estragos ha causado la peste; pero es maravilla que no hayan sido mayores, es milagro que todavía viven las gentes por aquellos lugares de miseria.

Pero cuanto tienen los macoteranos de pobres, lo tienen de cristianos y religiosos. No pueden menos de interesar á toda alma generosa y bien nacida. En aquel pueblo ni existe un amancebado público, ni menos matrimonio civil: está multada la blasfemia, desterrados los trabajos en días festivos, prohibidas las canciones torpes é indecorosas.

Yo ordené una procesión de rogativa por calles y plazas: la procesión resultó larga y atravesó multitud de calles y callejuelas. No vi un solo espectador y curioso: era que todos los hombres asistían á la prolongada procesión; sus filas eran de cuatro ó seis personas en fondo, apretadas columnas de ancianos, mozos y niños. Un tropel innumerable de mujeres nos seguía detrás. Se anunció asimismo una comunión para las siete del día siguiente: á las tres y media de la madrugada aguardaban á la puerta de la iglesia, para confesarse y disponerse; y con no haber más que un templo, y sólo cinco confesores, di la comunión á cerca de doscientos fieles, entre ellos al alcalde.

Yo no describiré mi alegre paseo de visita á los enfermos y las exclamaciones de las bondadosas gentes; pero no debo pasar en silencio una circunstancia recomendable. ¿Qué juzgará el lector nos suplicaban principalmente los enfermos? La segunda mujer visitada me pidió por favor que la confesara de nuevo por vía de devoción. Una anciana convaleciente, sentada en su jergón de paja, se lamentó á presencia de todos mis acompañantes de no haberle llevado el Viático. — Señora, le respondió el médico, ha tenido usted vómitos, y luego de ellos mejoró usted notablemente. — Otro vecino respetable, aunque abatido, estaba, no obstante, despejado de ánimo, y pedía con encarecimiento se le administrase la Extremaunción para borrar de su alma malas reliquias.

Terminada la visita, había de regresar á Salamanca luego de despedirme desde el púlpito.

Me despedí, y creí de mi deber comenzar mostrándome complacido por los cristianos sentimientos del pueblo, el celo de las autoridades y el sacrificio del clero, y, entre otras cosas, me ocurrió decirles:

«Hijos de Macotera, por el interés de vuestra salud, yo os ruego que no abuséis de los frutos de vuestras posesiones, todavía no maduros. De tener cierta autoridad, por cariño, por amor de padre, yo os prohibiría las visitas tan tempranas é inconvenientes á la campaña. Yo os lo prohibiría... (*Llantos de ternura; murmullos de simpatía y aplauso.*) ¿Cómo, es decir que vosotros, con esas muestras de aprobación, me revestís de autoridad para el caso? Pues bien, por la ley del cariño, la ley de la salud pública, quedan desde este momento prohibidas las prematuras salidas al campo. Otra autoridad señalará la hora y el momento oportuno de hacerlo. Otra autoridad sancionará este mi decreto paternal.»

Al concluir, se oían bien claras las siguientes exclamaciones: ¡gracias! ¡gracias!

Casi junto á la puerta de la iglesia montábamos de regreso para Salamanca. El pueblo en masa, con sus autoridades al frente, salía á despedirnos; los ruegos de que parasen siquiera á la salida del pue-

blo, fueron inútiles. Por fin supliqué encarecidamente al Ayuntamiento se detuviera, en atención á la hora de calor, que eran las doce del día y con sol brillante, y porque no se repitieran los casos sospechosos. Con él hizo alto todo el pueblo, y desfilaron por entre la apiñada muchedumbre entre hurras y aclamaciones. Tres ó cuatro jinetes de ellos, sin embargo, formaban nuestra vanguardia hasta traspasar la jurisdicción de Macotera.

Llegados á su límite, y echando pie á tierra, todos besaron el anillo y se despidieron afectuosamente. El más principal terminó la despedida diciendo:

«Señor: Dios les asista, Dios les acompañe, y de salud y muchos años á Su Señoría. Señor: yo tengo una finca en el pueblo, que hace á tres calles, con su huerta y todo; yo se la ofrezco para lo que quiera disponer de ella. La ofrezco para santo hospital, de que nos ha hablado, con tal que Su Señoría lo tome por su cuenta y lo gobierne y dirija.»

— Muchas, muchas gracias. No echaré en olvido el generoso ofrecimiento, y créame usted que pensaré seriamente en la creación del hospital. Adiós, adiós, el Señor bendiga á ustedes, á sus familias, á todo el pueblo de Macotera.

Perdimos de vista á tan cristiana gente, y la conversación de mis compañeros hubo ya de recaer sobre la sencillez y espontaneidad y desinterés del buen hombre, y también sobre la imperiosa necesidad de la fundación del hospital en tan desamparado pueblo.

Si lugar hay en la tierra donde los enfermos indigentes deban recogerse en un asilo, ¿cuál más necesitado que Macotera? Si pueblo hay en la tierra digno de lástima por su pobreza, digno de atenciones por sus virtudes, ¿cuál más acreedor que Macotera? No se ha limpiado de la infección de la peste, y llama á sus puertas el hambre aterradora. Los pobres han agotado su caudal con la epidemia, me exponía el Ayuntamiento, prevemos un invierno desastroso.

Y el pensamiento piadoso de ofrecer trabajo á los desvalidos puede enlazarse con otro proyecto ilustre.

Macotera... ese pueblo, tan pobre como religioso, dió á luz á la lumbrera del Episcopado español, el ardiente defensor de los derechos de la Iglesia y la Unidad católica en nuestras Cortes Constituyentes, preclaro ornamento de la Iglesia de Compostela, inolvidable Cardenal Sr. García Cuesta. Y sólo existe en Macotera de su memoria los valiosos regalos que donó á la Iglesia, alguna fotografía adornando paredes de barro; otra algo mayor en la sacristía del templo, pero ni un recuerdo glorioso, ningún monumento digno de su nombre.

Y Macotera aprecia en todo su valor la memoria incomparable del insigne hijo. Varias veces, según mi entender, se ha pensado en levantarle un monumento. ¿Pero cuál en pueblo de semejantes condiciones? ¿Una estatua allí, donde no se alza una casa de piedra, donde sólo el pedestal se elevaría sobre todos los tejados? ¿Y cuál plaza digna de la estatua? No; su bendito nombre le hemos de entretejer, desnudo de toda vanidad y pompa, ataviado de las joyas de la caridad, con la fundación del hospital santo. Me persuado que él bendice el pensamiento desde el cielo.

El insigne sucesor de su Sede, la Iglesia de Santiago, no le habrán olvidado. Su ilustre compañero de fatigas en las Cortes, hoy también purpurado de Valencia, me ha de ayudar en la medida de su poder.

Los diocesanos de Salamanca, los amantes todos del gran Cardenal, no me abandonarán en la empresa.

Con esta fecha abro la suscripción para el Santo hospital de Macotera, recuerdo de las virtudes del Cardenal Cuesta.

EL OBISPO DE SALAMANCA.

P. S. Acababa de firmar este escrito, de no sé qué género de literatura: abro el correo de hoy, 15 de Septiembre, y leo la carta siguiente:

«Macotera y Septiembre 14 del (885).

«Ilustrísimo y señor Obispo de la Diócesis: la oferta que le hice á su Ilustrísima de la finca enclavada en el pueblo de Macotera es gratuita para que su Ilustrísima disponga de ella para edificar lo que su Alteza tenga por conveniente. Este que hace la oferta no necesita poder de nadie para hacer de lo suyo lo que le parezca y nunca retrocede de lo dicho. Dios guarde á V. muchos años y V. me dispense el espresar estas letras rústicas como de un individuo que le faltó la primer enseñanza que es la joya que más envidio. A Dios hasta que Dios quiera.»

Raimundo Blasquez
Molinero. »

¡Ah! Esta carta, y título de nuestra propiedad futura, debía figurar original en este lugar.

Varias he leído al propio tiempo, venidas unas de amigos queridos de Madrid, otras de personas inolvidables de distintos puntos, escritas cual su elegante pluma y su corazón sabe... á todas las colocaré detrás de mi carta de Macotera. Antes ignoraba el nombre del insigne bienhechor, ahora tengo el placer de conocerle con todas sus señas y apellidos: Conózcale también España, se llama: *Raimundo Pláquez Molinero*.

EL MISMO.

LA DECENA



Al disponerme á escribir este artículo, fijo la vista en el calendario, cuasi monumental por sus dimensiones, que tengo colgado delante de mi mesa, y leo:

«Martes, 22 Septiembre. — San Mauricio y 6.666 compañeros mártires. — SOL EN LIBRA.»

Es decir, que entramos juntos el otoño y yo: él en la tercera estación del año y yo en la tercera decena del mes.

El otoño es, por punto general, la estación más apacible en Madrid y la que, en cierto modo, reemplaza á la primavera, que es casi nominal en este clima, donde pasamos sin transición del invierno al verano.

Y en el año actual es doblemente simpático el otoño, porque viene á coincidir con la casi total desaparición de la epidemia que nos ha tenido bajo su temeroso azote por espacio de cuatro meses.

No estará de más recordar que, cuando se registraron los primeros, y muy discutidos, casos de cólera en la Corte, decían los hombres de ciencia que, según todas las probabilidades, la enfermedad viviría en estado latente durante los calores secos del estío y se desarrollaría con su acostumbrada intensidad al entrar el otoño. Congratulémonos una vez más de que la ciencia siga equivocándose con su intensidad acostumbrada, y demos gracias á Dios porque nos ha permitido á nosotros entrar sanos y salvos en el otoño, y no ha permitido á la ciencia entrar á ciegas en el camino del acierto. ¡Ojalá todas las cuentas equivocadas de los hombres científicos se pudieran saldar, como ésta, con un aplauso!

Sean, pues, bien ido el cólera y bien venido el otoño que, como el más joven de sus tres hermanos, me prometo ha de realizar con brío y en absoluto la vendimia del cólera antes de entrar en la vendimia de la uva.

No he dicho á humo de pajas eso de que el otoño es más joven que la primavera, el verano y el invierno. Y lo he dicho con premeditación y alevosía, para dar salida á un decilitro de erudición, pasado por el alambique del calendario, que tengo de sobra en la bodega de mis recuerdos añejos... Un decilitro: ya ven ustedes que la cantidad no es para que se les suba á la cabeza.

El otoño no existía en los tiempos remotos, que sólo conocían tres estaciones: primavera, invierno y estío. Tácito nos enseña que los germanos no tenían idea del otoño. «*Hiems, et ver, et aestas intellectum ac vocabula habent; autumnus perinde nomen ac bona ignorantur.*»

Los países más septentrionales no admitían más que dos estaciones, invierno y verano, representadas entre ellos por dos gigantes míticos, *Sumar* y *Vetr*.

Los griegos y los romanos distinguían ya la estación de otoño, es cierto; pero la prueba de que no ha sido introducida en la división del año hasta una época relativamente moderna, es la diversidad misma de nombres que se le da entre pueblos de una misma raza. Los aryaes, antes de su dispersión, no tenían palabra para designar el otoño y, por consiguiente, no le conocían.

Por otra parte, muchos pueblos dan al otoño denominaciones que justifican este aserto; por ejemplo: en Servia se llama *predzima* (anteinvierno); en cymrico *cinganaf* (igual significado); en irlandés *foghmar* (sotainvierno), etc.

La forma de división del año en tres estaciones se remonta, á juicio de Mr. Pictet, á la época de la vida pastoril, donde el *buen tiempo* terminaba cuando regresaban los ganados á invernar. Los primeros adelantos en agricultura, que se aplicaron sin duda alguna al cultivo de los cereales, no influyeron en la clasificación de las estaciones del año, porque la siega se hacía en el estío; pero cuando más adelante el cultivo de las frutas, y particularmente de la vid,

adquirió más extenso desarrollo, trajo consigo la necesidad de distinguir una cuarta estación que comprendiese este género de labores agrícolas...

No puedo seguir escanciando erudición, porque se me ha agotado el decilitro.

Con el otoño coincide la feria de Madrid, acontecimiento que pasaría acaso desapercibido para la inmensa mayoría de mis lectores, si no acudiera yo solícito á recordárselo.

No lo puedo remediar: soy algo apegado á las tradiciones populares, y principalmente á las pocas que, á través de los siglos, conservan el sello de su pristina sencillez y de su carácter patriarcal, en cuyo número se cuenta la feria de San Mateo en la Corte.

Sí, ya lo sé: van ustedes á decirme que tal feria no es feria, que en ella no se exhiben productos, artefactos, manufacturas ni objetos de ninguna especie que no se encuentren durante todo el año (á excepción de los melocotones) en mil distintos puntos de la capital. No lo discuto, y precisamente en esta misma circunstancia hallo yo la originalidad y el atractivo de la feria.

Hay algo de admirable y digno de estudio en esta ficción á que todos á sabiendas contribuimos. Todos reconocemos que las ferias de Madrid son mentira, como lo fueron el año pasado y lo serán el año venidero, y sin embargo, todos nos engañamos mutuamente, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo para hacernos creer á nosotros mismos que *este gallo es un cordero*.

El que tiene parientes en provincias (sobre todo, si piensa heredarlos), les invita quince días antes del 21 de Septiembre, á que vengan á echar una cana al aire y á divertirse en las próximas ferias; por más que le conste que en las tales ferias no hay ningún puesto en que se vendan diversiones nuevas.

Los provincianos que tienen en la Corte parientes ó amigos de quienes abusar con franqueza, saben de sobra que aquí no hay nada nuevo que ver durante la feria; pero aprovechan esta oportunidad de hacerse inoportunos para cohonestar ocho ó diez días de permanencia en Madrid sin pagar pupilaje.

Las compañías de ferrocarriles, cómplices natos de estos huéspedes honorarios, calientan las calderas del ficticio entusiasmo rústico y urbano de las provincias limítrofes, anunciando viajes de ida y vuelta con motivo de la feria de Madrid; viajes cuyo recreo corre parejas con el que las susodichas empresas proporcionan á los provincianos en sus viajes de recreo.

La Administración municipal, por su parte, aparenta tomar por lo serio el advenimiento de las ferias, y publica bandos, señala locales y cobra puestos á los vendedores que, en lugar de expender los géneros en sus habituales tiendas, prefieren llevarlos durante quince días al aire libre.

Los espectáculos públicos, que suelen hacer feria todo el año de fiambres, pistos y pasteles literarios, aprovechan la llegada de las ferias para dar salida á toda la ropa vieja, bisutería arrinconada y manjares averiados, en obsequio de los forasteros.

La gente de Madrid se lanza en estos días á las calles y paseos, como obedeciendo á una consigna ó cumpliendo un deber, aunque sabe de antemano que no ha de encontrar más atractivos ni novedades que en el resto del año; pero, ¿quién se queda en casa en días de feria?

Lo dicho: todo es ficticio, todo convencional, todo aparente, todo postizo en esta época de ferias. Y sin embargo, de esta serie de transacciones con lo fantástico, resulta un conjunto inarmónico, una animación excepcional, un movimiento expansivo, una alegría desusada, una plétora de vida artificial, un coro de ofertas y demandas de vendedores y compradores, un concierto desahogado de pitos, cornetas, tambores, tímpanos, acordeones, flautas, chiflidos, llantos y risas, manejados con angelical intemperancia por una caterva de niños, vanguardia de la generación futura... No falta nada más que la feria.

He visitado, según costumbre, algunos de los puestos y examinado varios objetos que allí se venden, pero que nadie compra.

Entre las cosas que me han llamado la atención sólo recordaré las siguientes:

Una soberbia colección de navajas, largas como deben ser las piernas de esos criminales que nunca pueden ser *habidos* por la policía, y con más muelles que una carretela.

Un ejemplar del Código, abierto por la página en que se fijan las penas por el uso de armas prohibidas.

Un extraño aparato de correas y hebillas, cuya aplicación no pude comprender hasta que el expendedor me dijo que se adaptaba antiguamente á la cabeza de los perros para que no mordiesen: creo que se llamaba *bozal* ó cosa así.

Un mapa de las colonias alemanas en el siglo xx, y cuyas posesiones parecen una inmensa red que abarca todo el globo.

Un mapa del Imperio alemán en el siglo xxi, tan reducidito, que da lástima verlo.

Grandes manojos de llaves de todos tamaños, que se dan muy baratas, y que si por casualidad cayeran en poder de los ladrones, les permitirían abrir toda clase de puertas, armarios y cómodas; como que son muy cómodas para el caso.

Una infinidad de artefactos de acero, de ballena, de crin y de otras materias, que, según he sabido, constituyen una parte importantísima de la moderna indumentaria, y sirven á las señoras para simular, conforme á las exigencias de la moda tiránica, deformes protuberancias que, si fueran naturales, serían horribles.

Una colección de láminas, estampas, caricaturas y fotografías, coloridas unas, otras sin color, pero con la particularidad de que unas y otras, apenas se las mira, hacen salir los colores... al rostro.

Un estoque de matador de toros bastante deteriorado, pero que por haber pertenecido al *Chiclanero* (según afirma el vendedor bajo juramento), está valuado en 500 pesetas, y es de balde (también bajo la fe del que lo vende).

Ciento cincuenta comedias impresas de nuestro teatro antiguo, que por ser de Lope de Vega, Calderón, Tirso y Moreto, valen poco dinero (á juicio del mismo comerciante), y por lo tanto, se darán regaladas á quien compre el estoque.

Una espuerta de obras teatrales modernas, entre las cuales hay tragedias, dramas, comedias, zarzuelas, juguetes cómicos, sainetes, y sin embargo, todas ellas deberían llamarse *pasillos*, porque han pasado ante el público, el público ha pasado por ellas, el buen gusto ha pasado sobre ellas, la crítica no ha podido pasarlas, y por último, ellas han pasado á la espuerta del olvido, de donde no saldrán sino para pasar á la cesta del trapero.

Otras muchas cosas he curioseado, pero no quiero seguir enumerándolas, puesto que mis lectores las tienen á la vista y pueden apreciar su mérito. Sólo sí referiré, para cerrar esta especie de inventario, un detalle de mi visita á los puestos de la feria.

Detúveme delante de un modelito de barco, perfectamente construido y como de un metro de longitud. Aunque comprendí que debía costar más dinero del que yo podía dar por él, tuve curiosidad de conocer su precio, y pregunté á la mujer que tenía aquel puesto á su cargo:

— ¿Cuánto vale?

— Veinte duros — me contestó secamente.

— Mucho dinero es.

— El año pasado pude venderle en setecientos reales.

— ¡Bonita cantidad! Con ella se podría comprar toda una escuadra.

— Es que una escuadra completa se la podría yo dar á usted por dos pesetas.

— ¡No será una escuadra de esas que se están construyendo por suscripción! — dije riéndome.

— Quíá, no señor; es una escuadra hecha á todo coste y en disposición de servir en el acto.

— Ya comprendo, una escuadrilla de papel de las

que sirven á los niños para hacerlas flotar en aguas del lavabo.

— No, señor, no, señor; una verdadera escuadra de grandes dimensiones, de madera y hierro y que marcha al pelo.

Volví la espalda y eché á andar dejando á aquella burlona mujer con la palabra en la boca; pero no había dado doce pasos cuando la oí gritar, después de un chicheo que más parecía silbido:

— Aquí la tiene usted, caballero; si le hace al caso se la dejaré en seis reales y medio.

Era una escuadra en toda la extensión de la palabra, una escuadra de verdad, una escuadra... de carpintero.

..

No terminaré esta serie de párrafos sin decir dos palabras sobre la única novedad teatral de importancia ocurrida en la última decena.

Se trata de un estreno (no importa en qué teatro) y fuerza es reconocer que con ocasión de ese acontecimiento se ha dado una prueba de buen gusto. Ya ven ustedes si el caso es notable y merece registrarse con más razón que se registran los casos de cólera morbo asiático.

Me apresuro á declarar que no ha sido el autor quien ha dado esa prueba de buen gusto, malgastando en una obra, que yo no he de calificar, una suma de ingenio que, mejor aplicada, le habría dado honra y provecho.

Tampoco ha sido la empresa la que ha demostrado gran delicadeza de gusto admitiendo esa obra de corte tan afilado que parece una hacha.

Mucho menos ha hecho alarde de buen gusto la gran mayoría del público que la ha aplaudido.

— Pues entoces, me preguntarán ustedes, ¿quién ha dado la prueba de buen sentido moral y de buen gusto literario?—¿Quién? La autoridad que ha prohibido las representaciones.

Yo no sé, ni me importa saber, si ha sido la autoridad gubernativa ó la municipal: si ha sido el gobernador, lo habrá hecho en concepto de medida sanitaria; si el alcalde, habrá tenido en cuenta altas y atendibles consideraciones de policía urbana.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



interminable y pavorosa cuestión de Oriente acaba de asomar la cabeza por las montañas de la Rumelia. Conócese con este nombre *Rum-Ily* (países de los romanos), aquella parte de la Turquía europea comprendida en los Balcanes, que la separan de la Bulgaria, al N; el Archipiélago y la Tesalia, al S; y la Albania al O. Corresponde á la antigua Macedonia y la Thracia. Las noticias telegráficas recibidas hasta ahora, anuncian una grave sublevación del país contra la dominación turca. El gobernador de la Sublime Puerta ha sido expulsado y los rumelios han proclamado su unión á Bulgaria, donde, como es sabido, manda el príncipe Alejandro, protegido de Rusia.

Y aquí entra la cuestión, porque se dice que este príncipe, de acuerdo con Rusia, Alemania y Austria, intenta apoderarse de la Rumelia, atribuyéndose á sus manejos la sublevación del país.

Turquía, según parece, ha apelado á Inglaterra pidiendo su apoyo en las presentes circunstancias, que juzga muy críticas para el Imperio. Su deseo es que la Gran Bretaña apoye su acción diplomática cerca de las potencias, para que éstas, lejos de secundar la acción del príncipe de Bulgaria, la condenen.

¿Qué hará Inglaterra, si en efecto, la sublevación de la Rumelia es cosa convenida por parte de Rusia con el príncipe de Bulgaria?

Indudablemente, los rumelios habrán obrado por fuerza superior el sentimiento nacional, y si esta fuerza es la de Rusia, ¿quién impedirá que pierda Turquía otra de sus provincias europeas?

La situación es grave, pues mientras que Inglaterra tiene vivo interés en la existencia é integridad del Imperio turco, Rusia y Austria no pueden aguantar la vecindad de Turquía, cuya existencia está condenada á perecer en nombre de la civilización cristiana.

Sea lo que quiera, el hecho es que la cuestión de Oriente está á la orden del día.

Dicen periódicos autorizados, y ojalá sea cierta la noticia, que el anciano emperador de Alemania no quiere morirse sin dejar establecida la paz religiosa en su país, perturbada por las famosas leyes de Mayo.

Al efecto, ha escrito una carta autógrafa al Papa, expresándole su firme y resuelta voluntad de acordar los medios de restablecer la paz apetecida. El día 20 del corriente habrá llegado á Roma el Señor de Schloezer, el cual, en su calidad de agente oficioso, presentará á Su Santidad el texto del *modus vivendi* que ponga término al conflicto existente entre la Iglesia católica y el Estado.

Quiera el cielo que se confirmen estas noticias. La Iglesia católica está pasando en Alemania por días de indecible amargura, huérfana de sus pastores, privada de seminarios, cohibida en las manifestaciones de su culto, y sólo espera obtener la apetecida libertad para recobrar su fuerza y su fecundidad, tan saludables para los pueblos.

En Alemania, en Inglaterra, en Francia no se piensa ahora más que en las próximas elecciones de sus respectivas Cámaras.

Digamos alguna cosa sobre los términos en que se plantea la lucha en estas tres naciones.

Empezaremos por Alemania.

Las elecciones se verificarán el 5 de Noviembre.

El príncipe de Bismarck, persistiendo en su idea de separar y dividir á los partidos políticos, y tomando para sus fines aquellos que estima han de servir á sus propósitos en momentos determinados, ha dado, sirviéndose de su órgano oficial en la prensa, la consigna que se ha de cumplir en las próximas elecciones, y consiste en procurar la coalición de los conservadores y nacionales liberales para ver si derrotan al centro católico y al partido liberal alemán.

Es muy difícil que el canciller obtenga cuanto se propone ahora, pues tendrá enfrente un elemento de inmensa fuerza en los católicos. En la Asamblea general de católicos alemanes celebrada en Münster, Asamblea notabilísima donde ha reinado un espíritu de unión y fraternidad, digno de ser imitado, el partido católico alemán, convencido y penetrado de la superioridad de los elementos con que cuenta, ha decidido trabajar como nunca en las elecciones llevando por bandera este principio: «Libertad para la Iglesia y para las escuelas católicas.»

Dios quiera que pronto se vean coronados sus trabajos y cumplidas sus esperanzas.

En Inglaterra la cuestión se presenta muy oscura. La reforma electoral, que ha poco tiempo se aprobó en las Cámaras inglesas, lleva y extiende á un número considerable de electores el ejercicio de los derechos del sufragio. Entran ya las masas á influir por su gran número en una parte importante del poder, y en seguida se ha planteado en discursos y manifestos la idea de mejorar su posición material. El radicalismo intenta explotar tales reformas, y las cuestiones agrarias y de propiedad rural han de ser las que principalmente se tratarán en la nueva Cámara.

El jefe del radicalismo democrático, Chamberlain, á las cuestiones agrarias, de tanta trascendencia en un país donde la propiedad territorial está demasiado acumulada, añade en su programa otros puntos, tales son, la revisión de los impuestos y la instrucción primaria gratuita y obligatoria.

Es de esperar que no prosperen sus ideas, por tratarse de innovaciones tan hondas y que modifican y alteran notable y esencialmente la manera de ser constitutiva de dicha nación; mas los debates serán ardientes y empeñadísimos, y quizá no pueda existir un gobierno viable y duradero con la organización actual de los partidos militantes.

Nadie se atreve á vaticinar el resultado seguro que ofrecerán las elecciones, y aunque no faltan quienes aseguran será derrotado el actual Gabinete conservador, bastantes liberales templados, en vista del programa peligrosísimo que ha de defender el radicalismo inglés, otorgarán sus votos y apoyarán al Gobierno, y si la mayoría que obtiene no es considerable, con los agregados del liberalismo podrá gobernar con ciertas facilidades.

Tal es la perspectiva de la futura campaña electoral en Inglaterra.

Por lo que hace á Francia, la opinión dominante es que la Cámara futura va á ser un Parlamento de espera, de transición é incapaz de constituir una mayoría sólida y de poder sostener á un Gobierno, creyendo que muy pronto tendrá que ser disuelta.

Se fundan estos cálculos en el despertar de los elementos conservadores, en el descrédito de los oportunistas, y en los esfuerzos de los radicales.

Un periódico autorizado anuncia que las próximas elecciones serán el principio del fin.

Allá veremos.

Un cabo suelto que puede atarse á la cuestión de Oriente, renovada con motivo de la sublevación de la Rumelia:

Se asegura que el Emperador de Rusia sólo espera la inauguración de los trabajos del ferrocarril de Kizit-Arvat á Geok Topé, para hacerse proclamar Emperador del Asia central. Ciertos publicistas rusos recomiendan este acto con argumentos análogos á los que sirvieron á lord Beaconsfield para que el Parlamento concediese á la Reina de Inglaterra el título de Emperatriz de la India.

Una parte de la prensa inglesa declara que la opinión vería en esta proclamación solemne un indicio inequívoco de las intenciones conquistadoras del czar. Ciertos periódicos de la India protestan anticipadamente con exagerada energía contra un acto que, en su concepto, constituiría un primer paso en la vía de la restauración del trono de Gengis Khan, y por consiguiente, una amenaza para la supremacía británica en el Indostán.

Las nubes se concentran: las tempestad, más pronto ó más tarde, estallará en el Asia y alcanzará á Europa.

Ya hemos hablado otras veces del canal marítimo que se proyecta en la Palestina.

El Messaggiere Epiziano, periódico italiano de Alejandría, publica un interesante artículo sobre este proyecto, cuya ejecución produciría grandes beneficios, no sólo á aquellas regiones del Asia, sino también á todo el comercio del Adriático y del Mediterráneo. El coste de este canal en proyecto sería muy inferior al del canal de Suez, y en cambio prestaría dos grandes servicios: facilitaría grandemente el viaje á Tierra Santa, y abriría á la exportación las tierras fértiles del otro lado del Jordán. Otro periódico de Oriente, *Le Turquie*, de Constantinopla, afirma que Turquía facilitaría por todos los modos y maneras posibles la apertura de este nuevo canal, que prestaría indudablemente también grandes servicios á aquel Imperio.

Mayor será el que preste á la religión, facilitando la propagación del Evangelio en su cuna, y abriendo los Santos Lugares á las peregrinaciones cristianas.

Al enviar estas cuartillas á la imprenta, las últimas noticias de la sublevación de la Rumelia son graves. El Príncipe Alejandro de Bulgaria ha dirigido á los rumelios una proclama, donde declara que acepta el título de Príncipe de las Bulgarias del Norte y del Sur, y les promete la paz y la tranquilidad pública.

Como se ve, empieza á repetirse en 1885 con Rumelia y Bulgaria la historia de Moldavia y Valaquia, conforme á las previsiones de los que condenaron el carácter bastardo de la solución improvisada por el Congreso de Berlín y la sustituyeron á la gran Bulgaria del tratado de San Esteban.

Indudablemente las circunstancias son hoy mucho más graves que en 1859. El Oriente está lleno de materias inflamables, y la chispa de Rumelia puede ocasionar la explosión de la guerra de Oriente.

X.

CARTA DE ROMA

Roma 19 de Septiembre de 1885.



o acostumbra la Santa Sede á desmentir las especies injuriosas que tan á menudo echan á volar contra ella los periódicos liberales, particularmente de esta capital; en lo que da prueba de suma prudencia, evitando se pueda alguna vez interpretar su silencio como implícita aprobación de determinados rumores. Pero hay mentiras y falsedades cuya propagación obedece á intención tan aviesa, que la misma Corte pontificia se ve precisada á prescindir á veces de su regla general de conducta, para impedir los perjuicios gravísimos que de otro modo podrían causarse á los fieles. En uno de estos casos se ha visto recientemente, pues varios periódicos han echado á volar la especie de que la Corte de Roma ha cobrado un millón de francos como derechos devengados en el expediente de anulación del matrimonio del Conde de San Antonio con Doña Mercedes Martínez de Campos, y también otra suma muy crecida por la dispensa de matrimonio mixto que acaba de conceder á la hija del duque de Chartres para casarse con el príncipe Waldemaro de Dinamarca. Es muy fácil de comprender cuantas novelas venían forjando en los pasados días los periódicos liberales con motivo de la indicada especie, ni eran menos intencionadas las palabritas—«huelgan los comentarios»—que, después de repetida la paparrucha, añadían los que se

llaman moderados. Entendiendo pues la Santa Sede que ya no era tiempo de seguir callando, mandó poner un suelto en el *Osservatore Romano*, no sólo desmintiendo que en los referidos expedientes se hayan devengado los crecidos derechos de que habla la prensa, sino ofreciendo al propio tiempo datos y detalles sobre lo ocurrido. Resulta de tal publicación que la Santa Sede no cobró ni un céntimo siquiera de ambas referidas dispensas; pues, á ruego de los interesados, la causa de anulación del matrimonio de Serrano se examinó por la Suprema Congregación del Santo Oficio, y sabido es que sus resoluciones en ese género de causas matrimoniales no devengan derechos: naturalmente, tuvieron los interesados que sufragar los gastos que importaron los dictámenes facultativos de tres médicos, seglares por supuesto, la traducción de muchos documentos españoles remitidos á la Sagrada Congregación, y la impresión del relativo legajo; pero *estos mismos gastos*, en que nada tiene que ver la Santa Sede, *no subieron siquiera á mil pesetas!* En cuanto á la otra dispensa, esto es, la de matrimonio mixto, confiesa el *Osservatore Romano* que efectivamente en los aranceles de las oficinas pontificias va señalada una tasa para casos análogos, y es la *enormísima de nueve pesetas*; pero, tratándose en el caso actual de personas de regia alcurnia, también esta segunda dispensa se ha despachado completamente *gratis*.

Me ha parecido oportuno llamar la atención de los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA sobre esta importante declaración del periódico más autorizado de la Santa Sede, porque como por desgracia la referida calumnia había cundido también en España, conviene ahora aprovechar todos los medios que estén á nuestro alcance para dar la mayor publicidad posible á su rectificación. Bastante sufre ahora mismo nuestro Santísimo Padre con motivo de las inconvenientísimas comedias é inmundos sainetes que se representan en los teatros de esta misma capital del Catolicismo. Hablando aun sólo políticamente, no se comprende cómo el Gobierno italiano permita las caricaturas más repugnantes y las más horribles profanaciones de misterios santísimos: no le preocupan los ataques continuos á la más augusta dignidad de la tierra; pero, ¿cómo no ve que deja á sus súbditos meterse en una fatalísima pendiente, cuyo resultado no puede ser sino el desprecio práctico de su misma autoridad! Éjese, si no, en los movimientos socialísticos de las provincias de Romagna, en donde la revolución está siempre al punto de estallar. Con buen acuerdo los católicos de aquí contraponen la franca profesión de su fe á los insultos de los impíos: recientemente el ilustre Comm. Acquaderni tuvo el honor de poner á los pies de Su Santidad el producto de la colecta verificada con motivo de la última peregrinación espiritual al sepulcro de San Pedro, y para satisfacción de los que han tomado parte en ella, me cabe el gusto de decir que para socorrer la augusta pobreza del Padre Santo fué entregada en esta ocasión la considerable suma de trescientas mil pesetas. Otra manifestación de acendrada piedad y celo religioso tuvo lugar hace poco en el Santuario de la Virgen de Bérico, en la diócesis de Vicenza, habiéndose allí reunido los socios de la Obra de los Congresos Católicos para confirmarse en sus buenos propósitos y tomar nuevo aliento bajo la presidencia y sabia dirección del eminentísimo Sr. Cardenal Patriarca de Venecia y de otros muchos Obispos y Prelados: cuando amenaza la tormenta, vamos en busca de abrigo; pero, ¿dónde se encuentra puerto más seguro que el de la Iglesia?

J. M.

LOS GRABADOS

VISITA DEL ILMO. Y RDMO. FR. TOMÁS CÁMARA, OBISPO DE SALAMANCA, Á LOS COLÉRICOS DE MACOTERA.

(Véase el artículo del Sr. Obispo).

FACSIMILE DE UN GRABADO EN ACERO PUBLICADO EN LA VIDA DEL V. PADRE DIEGO LUIS DE SANVITORES, ESCRITA POR EL P. GARCÍA NUEVE AÑOS DESPUÉS DE SU MUERTE.

El V. P. Diego Luis de Sanvitores, apóstol de las Marianas, y por lo tanto de las Carolinas, nació en la ciudad de Burgos á 12 de Noviembre de 1627. Pertenecía á familia ilustre y cristiana, y desde su niñez comenzó á mostrar en germen las grandes virtudes de que había de dar muestra en su difícil y glorioso apostolado. A los trece años y medio entró en la Compañía de Jesús, no sin resistencia de su familia, que querían llevarle por caminos de más prosperidad á los ojos del mundo. Acabado el noviciado, de poco más de catorce años, estuvo uno en el seminario de Huete reformándose en la gramática y letras humanas. De aquí pasó á Alcalá á estudiar filosofía y teología, y habiendo ter-

minado sus estudios en 1650, recibió en aquel mismo año las primeras órdenes, y uno después la de presbítero, á 23 de Diciembre de 1651. En atención á su mucho saber y claros talentos fué destinado á la enseñanza, que ejerció en Oropesa, en Madrid y en Alcalá, alcanzando extraordinarios frutos de sus discípulos. Al mismo tiempo componía libros de moral, y se ocupaba con indecible celo en actos de su ministerio, revelando el corazón de apóstol de que estaba dotado. No tardó en manifestarse en él la vocación por las misiones, y después de varias vicisitudes, donde se manifestaron sus insignes virtudes, el 14 de Mayo de 1660 salía de Cádiz para la Nueva España, donde debía comenzar su gloriosa carrera. El 28 de Julio llegó á Veracruz y de allí pasó á la ciudad de Méjico, capital entonces del Nuevo Mundo. Necesitaríamos un libro para referir sus trabajos apostólicos en Méjico, donde fundó congregaciones nuevas, restauró las antiguas y empleó largas horas diariamente en la predicación y en el confesonario. Pero llevado de su celo por los indios más desvalidos, no estuvo contento hasta que, aprovechando feliz coyuntura, se trasladó á Filipinas en 1662.

Sus trabajos apostólicos en las islas Filipinas ocupan muchas páginas en la vida que de él escribió el P. Francisco García, de donde sacamos estos apuntes. Empujado siempre por su vocación heroica quiso aún ir á país más desamparado para ejercer su ministerio, y en efecto, logró ser enviado á las islas de los Ladrones, que recibieron de él el nombre de Marianas en honor de la Santísima Virgen María. Desde el año de 1668, en que llegó á las Marianas, hasta el 2 de Abril de 1672, en que sufrió el martirio, su vida fué una serie de acontecimientos extraordinarios y de trabajos increíbles, en que la Providencia mostró su favor continuo, y los indios de las Marianas recibieron beneficios incalculables. La historia nos ha conservado el nombre de sus verdugos; Hirao con la catana le abrió una herida en la cabeza, que deslizó al cuello, y Matapang le atravesó el pecho con una lanza. No satisfechos con su muerte le arrojaron al mar, como si el cielo quisiera que el cuerpo del mártir tuviera por sepulcro el vasto archipiélago, evangelizado con su palabra y ungido con su sangre.

El grabado que publicamos es un facsimile del que acompaña á la vida de este venerable siervo de Dios y primer apóstol de las islas Marianas, compuesta por el P. García é impresa en Madrid once años después de su muerte en 1683. ¿Qué nación mejor que España puede presentar títulos gloriosísimos al dominio de los archipiélagos de las Marianas y Carolinas, entre los cuales no existe, como demostramos en su día, solución de continuidad?

PALACIO DE LA INDUSTRIA EN LA RECIENTE EXPOSICIÓN DE BUDA-PEST.

La Exposición que actualmente se celebra en la capital de Hungría ha demostrado los progresos legítimos de este país, hoy incorporado al Imperio austriaco. En las Bellas Artes el certamen es muy notable y ha dado á conocer un gran número de pintores y escultores de verdadero mérito. Entre los primeros podemos citar á M. Munkacsy y M. d'Angeli, en gran boga hoy en Viena; se admiran también unos retratos muy bellos, obra de Horovitz, Benczur y Vastagh, juntamente con unos cuadros de historia muy interesantes y cuadros de costumbres, en los que se nota mucha observación unida á una pintura viril que no se encuentran muy frecuentemente en la escuela de Durseldorf. El paisaje está ejecutado con el mismo talento y con gran sentimiento poético.

Los escultores húngaros marchan á la par con los pintores. A. Huszar, el más atrevido de ellos, acaba de morir, pero deja tras de sí sucesores de gran mérito, tales como Strobl, Loranfi, Zala y Victor Tilgner.

Las artes mineras no ofrecen menos interés que las ya mencionadas. Sabida es la importancia que tienen en Hungría, puesto que de ellas depende en gran parte el porvenir de este país, y el comercio se desarrollará proporcionalmente al grado de cultura á que hayan llegado. No desconocemos esta verdad las clases influyentes de Hungría y, al revés de lo que sucede en nuestro país, fundan en todas partes escuelas destinadas á enseñar y perfeccionar el dibujo.

Brillantes son los resultados obtenidos, y para convenirse basta recorrer las galerías donde se hallan expuestos los tejidos, los muebles, la metalurgia y, sobre todo, la cerámica, cuyos productos pueden competir, si no superan á los mejores del extranjero.

Pero todavía no hemos hablado de los pabellones ni de su situación, y sin embargo merecerían que nos paráramos algunos instantes para describirlos; la situación de ellos es admirable y en todas partes se nota un gusto distinguido y una originalidad asombrosa; cada pabellón tiene un carácter propio y satisface á las exigencias de su fin bajo las apariencias más pintorescas, que constituyen el encanto del visitante. El más notable por sus proporciones es el de la Industria, que representa nuestro grabado. Es un soberbio palacio construido de hierro, ladrillo y cristal, con una gigantesca cúpula central, que no mide menos de 90 metros de elevación. Por este edificio puede juzgarse de los demás.

En fin, Hungría puede gloriarse con razón de su Exposición nacional. En ella se ve á un pueblo que trabaja y progresa en todas las esferas de la verdadera cultura.

RUMANOS DE LA PROVINCIA DE HUNGADER EN LA EXPOSICIÓN DE BUDA-PEST.

Este grabado, que dispusimos como complemento del anterior, ha resultado, después de abierto, de un interés y de una actualidad superior á nuestras esperanzas. La sublevación de la Rumelia, que embarga en estos momentos la atención de Europa por sus complicaciones y consecuencias en Oriente, realiza el mérito de este grabado, pues repre-

senta un cuadro vivo de costumbres de aquel país, análogo á la provincia de Hungader, representada en la Exposición de Buda-Pest.

Los trajes, los muebles, las tapicerías, todo es casi igual, reflejando el carácter semigriego y semilatinos de estos estados danubianos, que la cuestión de Oriente ha traído al concierto de las naciones europeas.

Si, como es de temer, la sublevación de la Rumelia abre un nuevo período en la guerra de Oriente, procuraremos trasladar á nuestros lectores al campo de las operaciones por medio de interesantes vistas de aquel país y de los sucesos de que sea teatro.

GRAN MÁQUINA EXCAVADORA DESTINADA Á LOS TRABAJOS DEL CANAL DE PANAMÁ,

Ensayada en París en presencia de Mr. de Lesseps.

La mecánica, estimulada por las grandes obras modernas, no cesa en el trabajo fecundo de crear nuevas máquinas. La que reproduce nuestro grabado ha sido ensayada hace pocos días en París y será enviada inmediatamente á Panamá, para emplearla en los trabajos de excavación del gran canal interoceánico. Es una especie de draga; pero de especial disposición para cavar los terrenos por duros que sean y transportar las tierras arrancadas al suelo á gran distancia de la excavación.

Esta máquina facilitará de un modo prodigioso los trabajos de perforación del istmo, y antes de cinco años, si no ocurre ningún contratiempo, las aguas de los dos mares se juntarán, dividiendo el continente americano en dos grandes islas.

EXCURSIÓN Á LA SIERRA DEL ALTO-REY

I

No es el ciego instinto de la vanidad patria el que nos hace á los españoles mirar nuestro país como el más rico en todo género de glorias, y el más abundante en artísticas y naturales bellezas. Por más que los extranjeros, envidiosos siempre de nuestra noble fortuna, ridiculicen y reprueben nuestro entusiasmo nacional, y traten de arrebatarnos los brillantes blasones de nuestra nobleza heroica, siempre la verdad se abrirá camino por entre los dardos envenenados de la calumnia, y la grandeza de España ocupará en el mundo de la gloria y del arte el lugar distinguido á que su historia y sus bellezas la hacen acreedora.

Y si no hemos llegado ya á este resultado, culpa es de la torpe incuria de los españoles, que no hemos sacado todo el fruto que debíamos de los ricos tesoros de glorias y bellezas que nuestra patria nos ofrece. Y mientras el rasgo de vulgar ardimiento de un héroe extranjero llena páginas de historias harto leídas, y el monumento artístico de menguado mérito de otros países se ve en infinitas formas reproducido, y el paisaje menos pintoresco de extrañas comarcas cautiva los ojos en fotografías y grabados; las hazañas más insignes de nuestros bravos caudillos, los monumentos más originales de nuestro arte nacional, los más poéticos panoramas de nuestras variadas provincias, yacen envueltos en oscuridad y olvido, esperando el juicio de los sabios y de los artistas, que parece ha de darse la mano con el juicio final.

Impresiones muy diferentes proporcionan por esto al espíritu apasionado de las glorias patrias, las investigaciones y estudios que llevan consigo los viajes por nuestro propio país, siempre abundante en recuerdos históricos y en bellezas naturales y artísticas. Si la imaginación se explaya por el horizonte inmenso de los recuerdos poéticos al contemplar los derruidos paredones de tantos monumentos como cubren nuestro suelo, ora en la cima de los montes bajo la forma de soberbias fortalezas, ora en los valles y despoblados bajo el aspecto de venerables monasterios, ora, en fin, en las aldeas y ciudades, bajo la distinta fisonomía que en ellos imprimieron el poderío de los reyes, la caridad de los magnates ó la piedad de los pueblos; la misma desolación de esos lugares, el cambio en la vida política y social de España que ese abandono significa; los infinitos contrastes que trae á la mente esta idea desconsoladora, llenan el corazón de sentimientos melancólicos, y hacen derramar lágrimas amargas sobre las ruinas de tantas grandezas.

Conjunto de tan variadas impresiones será la narración que á continuación ofrecemos á los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, y testimonio incontestable de que España es un tesoro de glorias y bellezas, cuando en los más recónditos lugares de sus agrestes sierras, ofrece preciosos datos para la historia de sus glorias políticas y sociales, hermosas páginas de piedra para enriquecer el museo de sus grandezas artísticas, y poéticos paisajes llenos de dulce melancolía, para teatro de novelescas aventuras ó para santuario de religiosas meditaciones.

II

Era un día de Julio del año 1879 cuando, en compañía de cuatro amigos, salí á caballo por la carretera que desde Sigüenza se dirige á Paredes, para unirse á la general de Francia, y que á 2 kilómetros de la población abandoné para atravesar la vega de Ségigo y tomar el camino de Atienza.

La mañana era hermosa. Los primeros rayos del sol, que nos daban de espalda, iban iluminando gradualmente el variado panorama que teníamos á la vista y que la aérea cumbre del Alto-Rey coronaba con sus nieblas, aun no disipadas por las brisas de la aurora. La vega de Ségigo, prolongada con las de Palazuelos y Matas, forma dos leguas de explanada; su suelo es fértil y en la baja cordillera que la circunda, tienen su asiento algunos pueblos de corto vecindario, que un día fueron villas importantes, como lo acreditan aún sus derribadas picotas y las ruinas de murallas y castillos.

A lo que yo entiendo, estas obras de fortificación debieron su origen al infante D. Juan Manuel, ilustre sobrino del Rey Sabio, célebre en los disturbios y revueltas que agitaron á Castilla durante la minoría de D. Alfonso XI, y más célebre aun en la historia de las letras españolas, que le cuentan en el número de sus más ilustres progenitores. Acreditado ya el infante D. Juan Manuel desde los días de Don Sancho IV, por sus grandes dotes de talento y de valor, frisaba con los treinta años cuando en 1312 murió Don Fernando IV, dejando envuelto en los horrores de la anarquía el reino de Castilla. Desairado el nieto de Don Alfonso X en sus pretensiones á la tutela del rey niño, encomendada por Doña María de Molina á los infantes D. Juan y D. Pedro, el activo magnate se *desnaturalizaba* del reino al verse despojado de parte de sus bienes. Muy pronto el juicio de las armas devolvió á D. Juan Manuel su rico patrimonio, que ensanchaba con la conquista de Castro-Castelló, Mazarallues, Cifuentes, Palazuelos, Pozancos y otras villas, que muró y fortificó con todos los adelantos que en aquella época alcanzaba el arte de la guerra.

Aun subsisten en pie las murallas de Palazuelos, villa situada en la ladera occidental de la vega de Ségigo. Contemplada desde lejos ofrece esta villa un aspecto imponente. Rodeada de fuertes muros flanqueados por gruesos cubos en sus ángulos y frentes, la comunican con el campo tres puertas ojivales abiertas en otras tantas torres, y la corona un castillo, de que hoy no quedan más que denegridos paredones. La forma general de este sistema de fortificación es dura y parca de ornatos, cual cumple á la rudeza marcial y á la severidad de su destino. La villa es en su interior un conjunto de casucas miserables, con una gran plaza donde todavía se levanta, carcomida y próxima á desplomarse, la picota que recuerda su antiguo poderío.

Frontera á ésta y en la ladera opuesta de la vega, algo escondida en una estrecha cañada, hállase situada la villa de Pozancos, menos notable que Palazuelos por sus vestigios monumentales, pero más célebre en la historia del infante D. Juan Manuel. En ella residió algún tiempo este noble y sabio magnate, cuando dando tregua á sus empresas guerreras se dedicaba á cultivar con fruto las flores de la sabiduría. Al terminar el primer *Libro del Infante*, que por « hablar de las leyes et de los estados en que viven los omes » fué también llamado *Libro de los Estados y Libro de las leyes*, leemos: « Acabó



VERDADERO RETRATO DEEL V. P. DIEGO LUIS
G. Forman sculp. DE SANVITORES. Matr. 1682

FACSIMILE DE UN GRABADO EN ACERO PUBLICADO EN LA VIDA DE ESTE
APÓSTOL DE LAS ISLAS MARIANAS.

don Johan esta primera parte deste libro en Pozancos, lugar del Obispo de Sigüenza, martes veynte et dos días de mayo, era de mill et trescientos et sesenta et ocho annos. Et en este mes de mayo, çienço días andados dél, complo don Johan quarenta et ocho annos ^{1.º} Esta es la única circunstancia que hace digno de mención á Pozancos, bastante si considerase la importancia del libro redactado en su recinto, de original y peregrina invención como lo califica un crítico, de grande importancia histórica y de inmensa trascendencia para el estudio de la civilización española.

III

Siguiendo nuestro viaje, á dos leguas escasas de camino descubrimos un campo al parecer cubierto de nieve, sobre el cual se levantaban algunos edificios diseminados que le daban la apariencia de un caserío fabril. Eran en efecto las salinas de La Olmeda, rico manantial de aguas saladas que por muchos años produjeron al Estado una renta considerable, y que vendidas dos años ha explota hoy una sociedad á quien actualmente pertenecen. Pasamos sin detenernos por entre las numerosas y bien fabricadas albercas de las salinas, admirando al paso la blancura de su sabroso producto, que en crecidos montones yacía recogido para ser transportado á los almacenes, desde donde salen diaria-

mente muchos carros que lo conducen á la estación de Sigüenza. Cerca de estas ricas salinas, sólo que en dirección de NE., se hallan las no menos renombradas de Imón, también enajenadas por el Gobierno revolucionario, cuyos amargos frutos no bastaban sin duda á sazonar los ricos veneros de estas salinas inagotables. No lejos de las salinas de La Olmeda y sobre un alto que descende en rampa hacia la vega, se encuentra el pueblo que les da nombre, de corto vecindario y de ninguna importancia histórica y monumental.

El terreno desde este pueblo comienza á agriarse, anunciando ya la proximidad de la sierra, si bien no faltan valles y cañadas nutridos de cereales, fruto casi exclusivo de esta tierra quebrada y pedregosa. A una legua de La Olmeda y en el fondo de una vega solitaria álzase un cerro, que como baluarte inexpugnable la cierra, dejando á los viajeros como único paso hacia la parte contraria, una cuesta empinada y erizada de piedras, que ciñéndose á la loma del cerro se interna en una garganta del mismo, para desembocar rápidamente en un barranco medroso, y salir por fin á la despejada altura de Riofrío.

Este paso se llama *La Escaleruela*, nombre que en este país equivale al *Torozo* de la tierra de Campos y al *Sierra-Morena* de Andalucía. *La Escaleruela* es, en efecto, un teatro excelente para los siniestros dramas de que son protagonistas los discípulos y sucesores de Caco y de Ginés de Pasamonte. Nada más favorable para una sorpresa que la revuelta del camino, donde entre peñas y matorrales podían esperar los ladrones á sus víctimas y guarecerse después de cometido el crimen para sustraerse á las persecuciones de los cuadrilleros y ministriles.

Mucho habrá aumentado, sin embargo, la fama pavorosa de *La Escaleruela* la imaginación popular, siempre propensa á lances imprevistos y á novelescas aventuras. El rico caminante que pasaba á deshora por aquellos lugares, dominado por el miedo y atacado de calostrios, imaginábase ver en los montones de piedras cinas de cadáveres y maltrechos transeúntes; en los matorrales cuadrillas de bandidos, que con el trabuco al brazo le esperaban para darle el consabido saludo de *la bolsa ó la vida*; y no faltaría valiente serrano que se imaginase aporreado, muerto y resucitado, y que bajo la ancha campana de su tranquilo hogar refiriese á su familia y amigos el estupendo lance, mientras los hombres le oían con la boca abierta y las mujeres se hacían cruces de cuerpo entero.

Afortunadamente aquellos miedos han pasado, porque el *progreso* de los tiempos ha hecho que los antiguos bandidos, tipo que á los ojos del vulgo ofrecía un colorido bizarro y hasta sentimental, dejen los agrestes montes para refugiarse en cómodas habitaciones, donde la astucia suple á la violencia y la refinación del talento á la fuerza corporal.

He consignado anteriormente una idea que no quiero dejar sin explicación, tanto por haberme preocupado á mi subida por *La Escaleruela*, como por señalar un rasgo notable del carácter del pueblo español. Me refiero al colorido bizarro, romanesco y sentimental que entre nuestro pueblo han tenido los descendientes de *Gestas*. Esta falaz y peligrosa paradoja tiene, á mi juicio, una explicación satisfactoria. Nuestro pueblo, por su naturaleza, historia y temperamento, tiene mucho de romántico y extraordinario; de aquí procede su entusiasmo por las empresas difíciles y por las aventuras desco-

munales. Hubo un tiempo en que los héroes de la Reconquista llenaban por completo la imaginación popular: los romances eran el rico pasto de su fantasía ardiente y meridional. Cuando los héroes reales desaparecieron, y de los Cides y Gonzalos no quedaron más que los vagos recuerdos de la tradición, los héroes ficticios de la caballería andante deleitaron á nuestro pueblo con las portentosas hazañas que las locas imaginaciones les atribuían. Pero los Amadises y los Palmerines también sucumbieron, y no al filo de una espada —que arma más poderosa se necesitaba para derribar á tales caballeros— sino al filo de la inspirada pluma de Cervantes, y nuestro pueblo, buscando nuevo pasto á su implacable sed de aventuras, corrió desatentado hacia el campo peligroso de la vida airada de los malhechores y bandidos. Éstos, revelando á pesar de la de generación propia de su estado, algunos rasgos del noble carácter del pueblo á que pertenecían, mostraban alguna chispa de generosidad y grandeza al través de la oscuridad de su vida desalmada y pecaminosa. Y el pueblo, que no se pára á reflexionar, creyó equivocadamente que estas chispas de nobleza brotaban del carácter excepcional del bandido, cuando no eran sino pálidos y confusos reflejos de una luz que se apagaba. De aquí surgió el tipo que en coplas y romances, en polos y jácara, alcanzó cierta celebridad nacional, y que los extranjeros, con torpe ignorancia de nuestra vida psicológica y con refinada mala fe, han explotado en descrédito de nuestra patria.

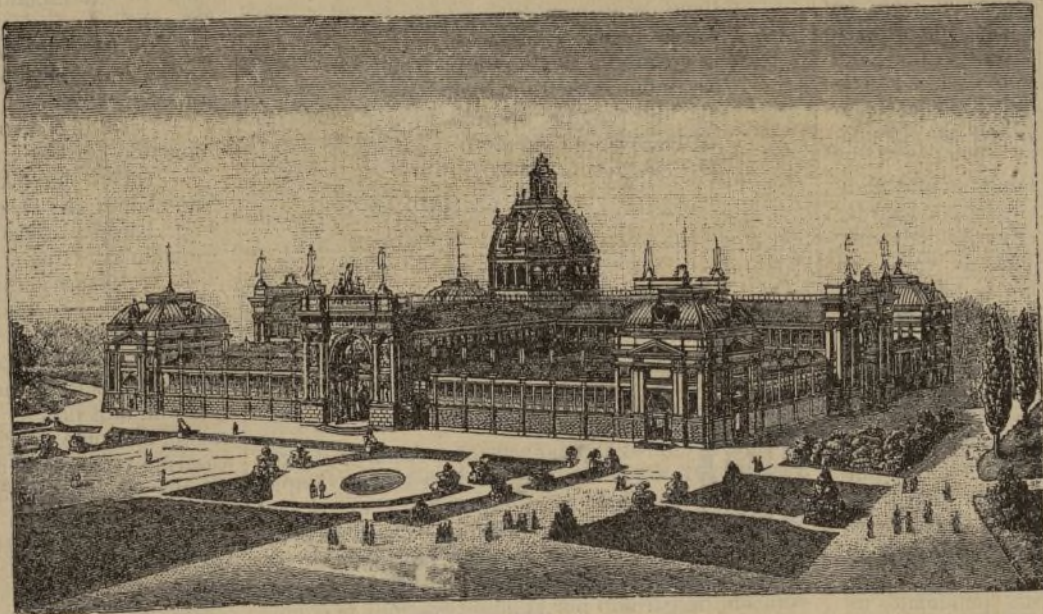
Semejantes ideas me preocupaban, como he dicho, al pasar por *La Escaleruela*, donde por la escabrosidad del terreno y su agria pendiente marchaba el caballo á paso lento y uniforme, llevando mi cuerpo en ese dulce abandono que aumenta y vigoriza la actividad del espíritu.

IV

Una hora haría que habíamos pasado *La Escaleruela*, cuando descubrimos la villa de Atienza. El aspecto de esta población desde el camino por donde nosotros veníamos, es decir, desde su entrada por el SO., no deja de ser interesante. Una colina erizada de ruinas, y entre éstas, ciñendo por su mitad á la primera, un casero sombrío y desigual, del que se levantan algunas torres de maciza construcción; un castillo desmoronado, dominando este triste panorama como la fúnebre corona de su pasada grandeza; extensa vega cerrada por la cordillera del Alto-Rey, que se levanta á la izquierda, he aquí los rasgos más salientes del cuadro que se ofrecía á nuestras miradas.

Las casas de la villa son, en general, de mezquino aspecto, y parecen guarecerse al abrigo de los ruinosos lienzos de sus antiguas murallas. Fueron éstas tan extensas y numerosas, que aun hoy forman la parte principal de las construcciones de la villa. Puede decirse que Atienza es un vasto panteón encomendado á la custodia de su escaso vecindario. Pero penetremos en su recinto por la puerta de Antequera, y demos un paseo por entre sus ruinas imponentes.

La posada que nos dió cómodo alojamiento, es un edificio que conserva las huellas de haber tenido



PALACIO DE LA INDUSTRIA EN LA EXPOSICIÓN DE BUDA-PEST (HUNGRÍA).

más noble destino¹. Adorna su sencilla portada gótica, un *cordón* de alto relieve, que da nombre al actual establecimiento; y á la izquierda de la puerta en el piso principal, se ostenta gentil y gallardo en sus proporciones y ornatos, un ajimez ó ventanal gótico, obra sin duda del siglo xv; es decir, del tercer período del arte ojival. Después de tomar algún descanso, salimos á recorrer la villa y á visitar algunas de sus antiguas iglesias.

La primera que visitamos fué la parroquial de San Juan, situada en la plaza del Mercado. Es un templo del Renacimiento, que, á juzgar por su fisonomía, pudiera asegurarse que es obra del mismo reinado de Carlos V. Tres naves elevadas, divididas por esbeltas columnas cilíndricas, forman su área, que mide 147 pies de largo y 81 de ancho, y altares en su mayor parte del mal gusto del siglo pasado, constituyen su principal ornato. La rapidez con que hacía la visita, no me permitió fijar la atención en los cuadros de los altares; pero guardo el vago recuerdo de haber visto en el altar mayor pinturas que no deslucían las paredes de un museo. Desde San Juan me trasladé á la Trinidad, sita en la parte superior de la villa, al Sur del castillo, cuyo ábside contemplé con gusto, por señalar en sus vetustos ventanales y en sus recios y prominentes modillones, las huellas del arte bizantino, en el período de sus más bellas formas, es decir, al comenzar su curso el siglo xiii. El templo, en su

¹ Se cree que este edificio fué tienda ó almacén, donde los judíos contrataban, asegurando algunos que sirvió de escuela en los antiguos tiempos.

mayor tristeza. A juzgar por ellas, el edificio debió ser grandioso y de construcción antigua. Centenares de paredones, cuyas grietas están anunciando su próximo desmoronamiento; témpanos de bóvedas que se sostienen en el aire por un prodigioso equilibrio, y que un golpe de viento bastara á derribar; trozos de arcadas y galerías festoneadas de malezas y tapizadas de escombros; la iglesia sin bóvedas, conservando aún su grandiosa traza, y ostentando entre un montón de ruinas el ara de un altar ó el pedestal de una efigie; he aquí el aspecto del antiguo monasterio, sobre el cual ha pasado el huracán de la revolución. Contemplando aquel cuadro de desolación permanecí algunos momentos, y luego conversé con mis compañeros sobre las ideas melancólicas que ocupaban mi mente; pero el viento se llevaba mis palabras con el polvo secular de aquellas ruinas venerables, y comprendí que las tumbas de los monjes, enterradas en los escombros del monasterio, no me pedían otra cosa que silenciosas plegarias. Oré por las víctimas y por los verdugos, que nunca el corazón del hombre es más generoso que cuando respira el ambiente de los sepulcros y el polvo de las ruinas.

Al retirarme de la altura que ocupaba, vi junto á mí la iglesia de San Gil, cuyo ábside, también ornado de rudos ventanales bizantinos, le da un aspecto de venerable antigüedad. Otro de los templos notables de la villa cuya primitiva construcción debió de ser obra del siglo xiii, á juzgar por los ornatos bizantinos de su portada, es Santa María del Rey, situada en la parte alta de la villa, al SO. del castillo. La tradición la supone la más antigua del obispado, y los diversos escudos reales que ostentan algunos de sus altares y las verjas del coro, hacen creer que recibió especiales mercedes de los católicos Reyes de España. Las pinturas del altar mayor son muy apreciables, especialmente el *Nacimiento de Cristo* y la *Adoración de los Reyes*, ejecutadas por Matías Jimeno.

Siguiendo nuestro paseo por entre ruinas y pedregales, llegamos al hospital, que junto á la puerta de Antequera levantó la beneficencia de Doña Ana Hernández. En su pobre capilla, situada en el fondo del atrio interior del edificio, vimos la imagen del Santo Cristo del Perdón, labrada en Madrid en 1753 por el hábil escultor Luis Salvador Carmona. La efigie está bien ejecutada, por más que la actitud y el rostro causen una impresión tan dolorosa que hagan al alma cristiana consternarse más de lo que la dulce belleza del Salvador debiera consentir. Arrodillado Jesús sobre el



RUMANOS DE LA PROVINCIA DE HUNGADER EN LA EXPOSICIÓN DE BUDA-PEST.

mundo, con el cuerpo desnudo y lívido, inclinado hacia delante, y los brazos elevados al cielo en actitud de súplica, ofrece á los fieles los estragos sangrientos de su Pasión, sufrida para redimir del pecado al género humano. Hablando en el lenguaje moderno, la concepción es *idealista*; pero la ejecución se resiente del lamentable *realismo* que dominaba en el siglo pasado.

Como término del paseo visitamos la iglesia de San Bartolomé, famosa en todo el país por guardar en una de sus capillas la sagrada efigie del Salvador, que con el nombre del *Santo Cristo de Atienza* es devotamente venerado. Más que á la historia y al arte rendimos allí piadoso homenaje á la devoción popular, orando conmovidos ante el Santísimo Cristo, que ha recogido tantas sencillas y ardorosas plegarias de los honrados moradores de aquellas sierras inclementes. La fiesta de este Santísimo Cristo, que se celebra el 14 de Septiembre, atrae al rededor de su templo inmenso gentío, que en pintoresca romería llena de animación á la villa y por breve tiempo la hace renacer de su sepulcro de ruinas para evocar los recuerdos de su antiguo esplendor.

Fatigados de trepar por las agrias pendientes de la población á la hora en que el sol extremaba sus rigores estivales, nos retiramos á descansar, dejando para más tarde la ascensión al castillo, desde el cual me proponía evocar los recuerdos históricos de la villa que se extiende á sus plantas.

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

(Se continuará.)

EL PINO ASERRADO

(Pensamiento de J. Koerner.)

Rey altivo de la sierra,
yaces con tu pompa en tierra,
y tu aspecto ya no aterra
el crepúsculo al caer;
del hachero el brazo fuerte
sin piedad te dió la muerte,
su segur te hirió hasta verte
al barranco descender.

Espantada á la caída
de tan arrogante vida,
aun se esconde en su guarida
la alimaña que la vió;
sólo el ave que el plumaje
revistió entre tu ramaje,
denunciando el fiero ultraje
su trinar doliente alzó.

De acerada sierra ahora
á la hoja destructora
que penetra en ti y que ignora
cuán tremenda su obra es,
pobre pino, estás sujeto,
y en el trueno que alza inquieto
el raudal del cauce prieto
tu gemir perdido ves.

¡Ah, no siempre, hermoso pino!
pues á veces me imagino
que al morir el vespertino
sol en golfos de rubí,
un clamor siniestro y vago,
cual murmullo de hondo lago,
se desprende del estrago
que esa sierra causa en ti.

Yo no sé si ese sonido
que domina mi sentido
es lamento ó es bramido,
mas te miro retemblar,
y al acompasado y lento
penetrar del hierro, siento
tu amenaza ó tu lamento
en mi pecho resonar.

¡Ah! tal vez tus desgarradas
fibras, lenguas animadas
por cien puntas aceradas,
cuentan tu letal dolor,
y me gritan protestando:
— ¡Gózate hoy que estás triunfando,
y ay de ti, verdugo infando,
que has de ser mi vengador!

Gran riqueza al árbol pides:
le derribas, y le mides
codicioso, y le divides
tablas ciento haciendo de él:
él te da suntuoso techo,
casas, naves, mesa y lecho,
y tu ingenio y tu provecho
son tu ley, mortal cruel.

Pero mira lo que haces:
lleno de arrogancia naces,
y transformas y deshaces
lo creado en su amplitud;
haces tablas de un madero
que alto pino fué primero,
¡y después un carpintero
hace de ellas tu ataúd!

PEDRO DE MADRAZO.

LA BUTACA DEL BARÓN DE ROTHSCHILD

(Conclusión.)

III

PASADAS algunas semanas, Arnoldo dirigía la siguiente epístola á su amigo Felipe, el agricultor.

«Aunque el afecto que las dicta es el mismo, las cartas suelen cambiar radicalmente de color, mi querido Pilades. No hace mucho que mi corazón, desgarrado por la desesperación, te comunicaba sus impresiones tristes: hoy rebosa de alegría. Podría volver á empezar la famosa carta de Mme. de Sevigné cuando anunciaba á su hija el matrimonio de Lauzun con una señorita de la alta aristocracia. Prefiero decirte de una vez y sin perfrasis: «Felipe, estoy casado, y ¡casado con la señorita Francisca Joubert!»

«Ya te manifesté el modo brutal con que su padre me despidió. A Dios gracias, mi desventura no ha sido de larga duración. Después he vuelto á entrar en la plaza con los honores de la guerra.

«Un día á la salida de mi lección, el Sr. Joubert me ha llamado aparte:

— «En fin, no juegue usted conmigo — me ha dicho con una gran carcajada — sueña usted siempre con ser mi yerno...

— «Caballero... — he balbuceado sonrojándome.

— «He tomado mis informes respecto de usted. ¡Ah! Es usted un joven muy juicioso. Tiene usted magníficas relaciones en la calle Lafitte... No me refiero solamente á los mercaderes de cuadros. Hará usted carrera... Eche usted esos cinco... Antes de un mes será usted de la familia.»

«El día en que firmamos el contrato, el señor Joubert se me acercó y me dijo con una amargura contenida:

— «Esto no está bien hecho, no, esto no es como tés de su parte... Creía que el señor barón de Rothschild nos haría el honor de asistir... Con todo, ¡está tan ocupado...! Empero cuento con que le veremos en la bendición nupcial.»

«Después, tras un momento de silencio, me ha cogido la mano, y estrechándola con efusión ha exclamado:

— «¡Qué buenas relaciones tenemos, yerno mío!

«El día siguiente de esta brillante victoria, mi propietario, al cual continúo debiendo algunos meses, ha venido á visitarme en mi taller.

— «Y bien, mi querido Rafael — me ha dicho con acento cariñoso — parece que va usted á casarse. ¿Con quién se casa usted...? ¿Sin duda será alguna parienta de los Rothschild?»

«A lo que he contestado riendo:

— «Por mi fe, no; mi prometida es una joven y humilde ciudadana.

— «¿Y cómo es eso que el señor barón de Rothschild no se ha mezclado en asunto tan grave y que interesa en tan alto grado á su porvenir de usted?

— «¡Voto va! — He exclamado estupefacto: — el rey de la Banca había de ocuparse en mi matrimonio. ¿En qué puede esto interesarle?

— «¡Dadas las relaciones en que ustedes están!

— «Precisamente por eso repito á usted que no existe ninguna razón para que él se interese en mis negocios.»

«Oyéndome hablar de este modo, mi propietario se ha levantado rápidamente, me ha dado sus excusas por ausentarse tan pronto, y se ha marchado sin saludarme. Cuatro horas después, su portero me intimaba la orden de pagar sin retardo alguno los meses vencidos, y el tercer día después mi mobiliario era embargado y el portero se negaba á entregarme la llave. Sobre el sofá hospitalario, pero mal relleno de pelote, de un compañero, he pasado mis últimas noches de soltero.

«Anteayer fui á casa de mi sastre á probarme mi traje de novio. Deleitándose en su obra, el artista exclamó:

— «Y bien, respecto á esto, á la verdad, señor Raynold, estoy encantado de lo que le pasa á usted.

— «Es usted muy bueno.

— «Es usted un bizarro y digno joven, y el se-

ñor de Rothschild no podía poner mejor sus favores.»

«Este furor que tienen todos de echarme sin cesar el señor de Rothschild á la cabeza, ha concluido por exasperarme.

— «¿De qué favores habla usted? — le he preguntado con voz irritada.

— «¿Para qué disimular lo que después de todo no es más que el secreto de las comedias? El señor barón le quiere bien, muy bien, y todo el mundo sabe que él pagará las deudas de usted...

— «¡Váyase al diablo...! Si usted cuenta con ello no hará mal en pasar la suma á la cuenta de ganancias y pérdidas.»

«Nos separamos con la mayor frialdad. El sastre no me ha pedido nada, y atendido que para vivir estos últimos días he tenido que recorrer frecuentemente al Monte de Piedad, me he visto obligado á casarme vistiendo el antiguo frac negro que desdeñosamente había echado á un rincón en mis días de rápido esplendor.

«Salimos de la iglesia. En fin, mi suerte está unida para siempre á la suerte de Francisca. Mientras que los amigos de los desposados se reunían en la sacristía, el señor Joubert me ha llamado aparte.

— «Yerno mío — ha dicho — ¡qué mal! no le hubiera considerado capaz de semejante proceder.

— «¿Cómo, pues? — le he preguntado — ¿de quién está usted quejoso?

— «La butaca preparada para el barón de Rothschild ha estado desocupada.

— «Pues qué, ¿le había usted invitado?

— «¡Sin duda... Dios mío! Yo bien sé que se halla ocupadísimo, pero pensé que de no serle posible á él venir personalmente, se habría hecho

representar en la ceremonia por uno de sus hijos, sea el barón Alfonso, sea el barón Gustavo, sea

por el barón Edmundo, ó por uno de sus nietos, el barón Jaime ó el barón Arturo.

— «Pero, ¡voto al diablo! ¿Por qué había usted invitado al señor de Rothschild?

— «Porque es su amigo de usted, su banquero, su protector.

— «¡Mi amigo...! ¡mi banquero...! ¡mi protector...!

— he repetido con asombro... — Si no tengo el honor de conocerle...

— «Pues qué, ¿no era él quien os daba su butaca de la Opera?

— «Ignoraba hasta que le perteneciese...»

«Mi suegro me ha dirigido una mirada feroz y me ha rechazado lejos de él con un gesto violento. ¡Qué me importa! Estoy casado, bien casado, muy bien casado.

«Todavía una ilusión perdida, la última, indudablemente. Este casamiento, que yo atribuía á los encantos irresistibles de mi persona, es obra de una butaca de la Opera. ¡Oh Providencia, he ahí tus golpes! Si en lugar de haber elegido el lado izquierdo, me hubiese dirigido á la derecha de la orquesta, seguramente hubiera acabado mis días en la cama de un hospital, como Mafílatre, Gilberto ó Hegesipo Moreau. — Mi bravo Felipe, no te olvides que tú serás el padrino de mi primer hijo.»

IV

Así se ha casado Arnaldo Raymond. La noticia no ha tardado en divulgarse por la ciudad. Por espacio de un año ha servido de conversación cotidiana entre los espectadores de la Opera, cuando en la sala designaban la butaca del barón de Rothschild. Pero hasta el presente no hemos oído decir que haya obrado ningún otro milagro conyugal.

ALBERICO SECOND.

HIGIENE

LAS PLANTAS INDÍGENAS

E muy antiguo se viene diciendo que la Medicina nació con el dolor, y el corazón nos dice que el primer hombre que vió sufrir á su hermano debió ser el primer médico.

Desde el principio del mundo, colocado el hombre en el centro de las riquezas vegetales, ha debido comprender que sobre la peña más estéril, como en el fondo de los sombríos valles, y en las orillas de los arroyos que bañan las praderas, la naturaleza, como madre pródiga, había creado tantos antídotos como venenos. Plinio ya decía á los médicos de su tiempo que cada país poseía sus propios medicamentos, y en la flora indígena podía hallar remedio á todos sus males.

En los siglos XVI, XVII y XVIII, y en nuestros días, un gran número de médicos alemanes, daneses, holandeses, belgas, italianos y franceses han tratado de probar que, sin recurrir á las sustancias exóticas, las enfermedades se pueden curar con las plantas de sus propios países.

Con razón ha podido decir Fontenelle que la Botánica no sería más que una mera curiosidad si no se relacionase con la Medicina. Para hacerla útil, es necesario estudiar la botánica de cada país.

Lo confieso, con perdón de mis cofrades: la mayor parte de los médicos, en Botánica somos muy ignorantes, y no tenemos la suficiente idea, por lo tanto, de los recursos que pueden suministrar las plantas indígenas. Sobre este particular, los médicos de aldea se asemejan mucho á los de la ciudad, según he podido muchas veces convencerme de ello. Como los célebres médicos de París, que apenas ven los campos, fácilmente confunden en los prados el agnóstico con la agrimonia, la aristoloquia con la artemisa, la epurga con el fenugreco, la fraxinela con la fumaria. Y sin embargo, como dice mi sabio cofrade Mr. Cazin, al médico rural es á quien más importa emplear las plantas indígenas. Es un recurso del cual puede con tanta más facilidad sacar partido, cuanto que el mismo labriego le demuestra su predilección por los vegetales.

Sydenham quería encerrar toda su farmacia en el puño de su bastón, y Boerhave decía frecuentemente que con el agua, vino, vinagre, cebada, nitro, miel, ruibarbo, opio, fuego y una lanceta se podía hacer toda la medicina. A mi ver, creo que con las plantas de la flora indígena que voy á enumerar en algunas líneas, se puede hacer la medicina en el campo y para los pobres.

Entre los amargos citaremos la genciana, la centaurea menor, el cardo bendito, el castaño de Indias, el sauce, el abedul, la achicoria silvestre, el diente de león, la barbana, la paciencia, el pensamiento silvestre, la saponaria, la dulcamara, el olmo piramidal, el perejil, el ajeno, el espárrago, el coque-rete, la manzanilla, las hojas de la noguera, la artemisa, el lúpulo, el tusilago, el pie de gato.

Entre los astringentes: el anís, la angélica, la menta, la salvia, el árnica, los botones del abeto, las bayas de enebro, la ortiga, la mil hojas.

En la clase de los emolientes: la semilla de lino, la raíz de altea.

En la de los narcóticos: las adormideras.

En la de los vomitivos: la raíz de violetas, la raíz del pensamiento silvestre, el azarabácar, la graciola, la briona, el narciso de los prados, la segunda corteza del saúco, las bayas de cambrónera.

En la de los purgantes: el saúco, el yezgo, la graciola, el gran albolol, la soldanella, la uva jaén, el pensamiento silvestre, el Fresno.

Este no es el catálogo completo de nuestra flora medicinal indígena; pero pienso que el médico que conociese bien las propiedades de estas plantas y de algunas otras más, la diversidad de sus efectos, sus diferentes preparaciones, los cuidados y las precauciones relativas á su recolección y á su conservación, podía tratar á los enfermos en el campo sin necesidad de tener que acudir á las sustancias exóticas.

Pensándolo bien, no hago distinción de la medicina de los pobres á la de los ricos, pero pienso como Cophon, médico del siglo XII, que los ricos son más delicados y quieren ser curados agradablemente, mientras que los pobres solamente quieren ser curados con economía.

Cophon era un médico extravagante. Purgaba á los nobles con el ruibarbo reducido á polvo muy fino, y á los paisanos con una maceración de mirabolano azucarada ó sin azucarar. De otra parte, los comentadores de la cirugía de Roger y Roland, un libro de esa época, nos manifiestan que se dulcifican las pociones con el azúcar ó con la miel, según que el paciente es noble ó pechero.

A los pobres, sobre las fracturas se les ponía excremento, sea de cerdo, de carnero ó de buey, cocido con vino, y á falta de vino con agua, y una especie de ungüento compuesto de puerros cocidos y de carne de cerdo. A los ricos se servían del bol arménico, mezcla de arcilla, de copaiba, cubeba y de magnesia, ó bien de harina de habas mezclada con vinagre superior. Para madurar los tumores de los ricos se prescribía la cebolla de lirio y manteca; para la papera, Roger recomendaba el bálsamo en fricciones para las personas de sangre real ó de elevada dignidad; para aquellas de inferior condición ordenaba la manteca ú otros ungüentos de poco valor. Las fístulas de los ricos se curaban con una poción muy complicada, las de los pobres, bebiendo por espacio de un año el jugo de la ortiga griega. También había en favor de los ricos aparatos particulares para sostener, después de la curación, el brazo fracturado.

Bernardo el Provincial, otro médico de la misma

época, recomienda el vino para los estómagos delicados de los nobles; añade que esos mismos estómagos, no pudiendo soportar las medicinas vomitivas, es preciso, como lo practicaba el arzobispo Alphanus, prescribir el vómito después de la comida, lo que es método menos nocivo y más agradable.

Nosotros hemos cambiado un poco todo esto, y la igualdad ante el médico y el boticario es una gloriosa conquista más que añadir á todas las del espíritu moderno. Sin embargo, pienso que es preciso abandonar al lujo de los grandes laboratorios y á la delicadeza de los paladares ciudadanos los jarabes y los bochs de todos colores.

Por otra parte, *medicamentorum varietas, ignorantiae filia est*. «La grande variedad de los medicamentos es hija de la ignorancia.» Bacon ha dicho esto y tenía razón. También tenían razón mi viejo maestro Rostán: «Cuando les es tan difícil, nos decía, el apreciar el efecto de una sola sustancia ó de una sola circunstancia sobre la economía, ¿cómo pueden ustedes pensar obrar con certeza en el momento en que prescriben muchas, y, sobre todo, si las emplean ustedes simultáneamente? Además, estas sustancias ó ejercen una influencia idéntica sobre el organismo ayudándose entre sí, ó bien ejercen una influencia diferente, y se perjudican. En el primer caso, ¿qué necesidad hay de ordenar muchas? y en el segundo, ¿qué resultado produce el administrar ese compuesto?»

Sin embargo, no es menester prestar á las simples una virtud universal, como lo ha hecho el médico Lientaud, quien sostiene que la achicoria es temperante, refrescante, dulcificante, resolutive, diaforética, depurativa, hepática, aperitiva, diurética, estomacal, tónica, febrífuga, antiartrítica! ¡Oh Molière! ¡Oh Molière! Esto os haría reír, ¿no es verdad? Y bien, no me sería difícil haceros ver que nuestros reglamentos, nuestras colecciones de remedios, nuestros tratados de materias médicas en el año de gracia 1885, son también risibles, y que si los antiguos y algunos modernos profesaban un delirio para los vegetales, demasiado universal, nosotros mismos concedemos demasiadas virtudes á los principios inmediatos, á los fluidos gaseosos, á los minerales y á los venenos.

«La introquímica, ha dicho un médico, hombre de talento, es una bella dama que desprecia nuestros campos y teme por sus pies delicados las fatigas de una herborización; atrae á su laboratorio de París una asamblea de obsequiosos experimentadores que entretiene muy agradablemente con sus alambiques y sus tubos, y á quienes seduce con la pretendida omnipotencia de sus resultados.»

Me detengo, porque veo bien que voy á crearme enemigos en la raza irascible de los inventores de remedios «á su presa unidos», en el enjambre entero de los manejadores de alambiques, entre los curanderos grandes y pequeños que invocan las hojas públicas y los ecos académicos, y de los cuales Dios te preserve, lector mío.

En conclusión, quiero mejor recordarte la palabra de la Santa Escritura: *Altissimus creavit de terra medicamenta*, lo que quiere decir: que todos los reinos del vasto imperio deben indistintamente enriquecer el arte de curar.

DR. E. DECAISNE.

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)



El señor de Sawinski y Witold se levantaron silenciosamente é hicieron un ligero saludo al capitán. Entonces el anciano tomó la mano de su hija, que fría, pálida, con los ojos fijos, se había apoyado en su sillón. Se levantó, y sin pronunciar una sola palabra, atravesó la sala con paso firme en apariencia. Sólo cuando llegó al vestíbulo se puso la mano en el corazón y cayó desmayada en los brazos de Witold. Dos criados se precipitaron para sostenerla.

— Llevadla á su cuarto y... no la despertéis demasiado pronto — murmuró el pobre padre con dolor.

Después, llevando á Witold hacia su cuarto:

— Venid, tengo que hablaros — le dijo.

— Yo también tengo que hablaros — dijo Witold, entrando en el cuarto y quedándose de pie, con los brazos cruzados, delante del sillón donde se había dejado caer el padre de Alina. — Escuchadme, señor de Sawinski, para salvarme habéis mentido

generosamente, pero es también una mentira inútil... No me salvaré por una cobardía. No queráis entregar á vuestro huésped, lo comprendo; pero no había pistolas aquí?

Witold, se ha derramado ya bastante sangre y lágrimas... Sabía que el oficial estaba ebrio; era fácil ver que no nos conocía, y he creído quitarle toda sospecha hablándole así. Ahora todo está decidido; es menester que se cumpla nuestra suerte.

— ¡No, esto no se cumplirá! — respondió Witold con furor. — ¿Queréis que se manche mi nombre con la vergüenza y la ironía? ¿Queréis oír decir que Mlotek, el valiente jefe, después de haber perdido su división, después de haber inmolado á sus valientes y á sus amigos, se ha intimidado ante la muerte en el cadalso, y que para sustraerse á ella se ha escondido, el cobarde, detrás del velo de una novia...? Cuando me he lanzado á la guerra, he puesto en juego mis esperanzas y mi vida, pero he guardado para mí mi honor, y esta última riqueza no puedo sacrificarla.

— ¿Ni aun á la patria? — preguntó Adán Sawinski, que se había levantado y que estrechaba fuertemente los brazos del joven entusiasta. — ¿Olvidáis tan pronto lo que decíais hace dos horas? «Hay un gran poder sobre mí, repetíais, que me derriba, que me empuja y me conduce.» Este poder es aterrador, lo concedo, pero también es irresistible. Antes os había dicho: «Levántate, marcha, hiere, sacrifica á tus amigos y tu juventud,» y no le habéis resistido. Hoy os dice: «Los obstáculos te detienen, las trabas te ahogan; inclínate para librarte de ellas, inclina vuestra orgullosa cabeza para atravesar el paso estrecho y difícil... Del otro lado encontrarás la gloria, el valor, la lucha en el gran día y el triunfo noblemente ganado. Yo soy la patria y quiero tu último sacrificio; si prefieres á mí tu orgullo, muere miserablemente y arrastra una vez más en tu desastre á los inocentes.»

— Lo que me pedís, señor, es imposible que me lo pida la patria — respondió Witold con dolor. — Lo que ella quiere son las acciones brillantes, los heroísmos que no temen la luz clara, las virtudes que llegan á lo ideal. Le repugnan los manejos tortuosos, las viles astucias con las cuales un corazón honrado desdena escapar de manos del verdugo.

— ¡Oh hombre! ¡oh orgullo insensato! — exclamó el señor de Sawinski con cólera. — ¿Creéis que una gran causa, una idea sublime, en su inmenso trabajo de siglos, se ocupa del destino de los viles instrumentos, de las hormigas humanas que tendrá que sepultar bajo los cimientos de su edificio? ¿Qué importa que aquella se ahogue en las lágrimas, ésta en la sangre, aquella otra en el fango? Al cabo de un instante pasan y se hunden; sus nombres, sus esfuerzos, hasta sus obras, se olvidan... Pero cada una ha cumplido su misión y traído su grano de arena; el edificio crece y brilla en la cima, y la posteridad libertada y dichosa, celebra á la vez su sublime grandeza y la abnegación de los obreros oscuros...

Ahora escuchadme, amigo mío — continuó el señor de Sawinski poniendo su mano sobre el brazo del joven; mirad si yo no os he dado el ejemplo...! Hace sobre trescientos años que mis antepasados habitan esta posesión; habían dejado tras ellos como un perfume de honradez, y cuando se quería hablar de una cosa honrada y sagrada, se decía: «La palabra de un Sawinski.» Y bien, á esta lealtad que me es tan querida, he faltado hoy... ¡Witold, he hecho un juramento falso! He sufrido horriblemente, pero no me arrepiento de ello; era para salvaros.

— Pero porque vos lo hayáis hecho, ¿se sigue que yo deba cumplirlo? — Respondió Witold desesperado. — ¿Debo yo apoderarme de un nombre que no es mío? ¿Aceptar una mano que no me está destinada? ¿Arruinar las esperanzas de un amigo para salvar una vida miserable, una vida condenada?

— Una vida que no os pertenece ya — replicó el anciano Sawinski. — ¿Os atreveríais á volver á tomar á la patria el tesoro que le habéis consagrado...? Sois profundamente egoísta, Witold, y porque os agobia una pena no consideráis los dolores que se esparcen á vuestro alrededor.

¿Sabéis lo que me dirá esta nación que pone en vos tan bellas esperanzas, este Gobierno que se apoya sobre vuestra cabeza y sobre vuestro brazo? «Era vuestro huésped y lo habéis dejado perecer; no habéis sacrificado por él vuestros bienes, vuestro honor y vuestra familia: sois un mal ciudadano.»

— Padre mío, turbáis mi razón. Dejadme que reflexione... Vuestra abnegación os extravía, y...

— ¿Mi abnegación, Witold...? ¿Pero no veis que la seguridad de todos exige que os aprovechéis de mi perjurio? Id á haceros conocer al capitán ruso, y estamos perdidos los dos: vos por haberos fugado, yo por haberos acogido.

Mi casa será pasto de las llamas y saqueada como la de Mlynck; mi hija... mi Alina... ¡Oh! no se la

dejéis á los rusos, Witold... tomadla vos más bien... ¡vos al menos no la mancillareis!

— ¿Pero os olvidáis de Tadeo?

— ¿Tadeo quisiera nuestra pérdida, el deshonor, la muerte de su prometida?

Le escribiré, le explicaré todo; tendrá paciencia y ánimo, y más tarde, si no amáis á Alina como siempre lo he creído así, encontraremos un medio para disolver este matrimonio fingido... ¿Me comprendéis, no es verdad? añadió el anciano Sawinski acercándose al joven. No os incomodéis, Witold, de lo que aun tengo que deciros... Mi pobre Alina ha dado su corazón ya hace mucho tiempo; estoy seguro que se moriría si tuviera que aceptar otra unión... verdadera. ¡Que no tenga más que el nombre de esposa!

¿Me tomáis por un ladrón? — replicó Witold, dando en el suelo una patada con coraje. — Dad á vuestra hija todos los nombres que sean necesarios; para mí nunca jamás tendrá más que uno: la prometida de Tadeo. Me será tan cara y tan sagrada como la misma vida de mi amigo. Y además, mi presencia no os ha de ser gravosa por mucho tiempo; partiré yo también por otro lado. Si el cielo oye mis votos, de aquí á algunos días Alina será viuda. Si no me muero, venceré, y un día devolveré la libertad á mi mujer, dándosela á mi país.

— Os doy gracias, Turno; tenéis gran valor y un corazón noble. Todo queda convenido; tratad de estar tranquilo é id á acompañar al capitán. Me queda ¡ay! el convencer á Alina.

Y el noble anciano salió suspirando.

XVIII

Pero si había sido difícil el convencer á Witold, fué imposible decidir á Alina.

Cuando su padre entró en su habitación, la encontró que había vuelto en sí, pero desconsolada, traspasada, y el cuerpo agitado con estremecimientos dolorosos. La tomó entre sus brazos, calentó con sus besos la blanca frente y las pequeñas manos heladas, después en medio de sus suspiros, de sus sollozos, de sus palabras de amor, la exhortó á tener ánimo y la rogó que consintiera en el doloroso sacrificio.

Pero aquí la ternura y el sufrimiento de Alina produjeron una apasionada explosión. ¿Qué le importaba la vida, la muerte, la ruina, la prisión, el dolor! Su corazón no le pertenecía ya; Tadeo lo guardaba con él, bajo las blancas alas de su ángel. No temía el destierro, no tenía miedo á las llamas.

Había creído antes vivir dichosa al lado de su primo; pero aun le era dulce tener que morir por él. Pero morir fiel, leal, resignada, sin manchar su mano con el contacto de otra mano, ni sus labios con la sombra de un perjurio; morir con el bendito anillo con que Tadeo había sellado su promesa y llevarlo en el ataúd. La vergüenza y la desesperación de una pobre joven no podían ser necesarias para la salvación de la patria. No quería condenar á su padre; pero le parecía que se hacía mal siempre en mentir, aunque fuese para salvar una vida.

En cuanto á ella, nada la decidiría á mentir, y sobre todo al que amaba.

Después de una hora de exhortaciones, de amenazas y ruegos, el señor de Sawinski dejó á su hija sin haber podido cambiar en nada su resolución. Pensó que valdría mejor dejarla á sí misma y esperar la llegada del cura de Mlinck, cuya potente palabra tendría más influencia con la desgraciada joven.

A fuerza de lágrimas, de luchas y de dolores, Alina cayó en una intensa postración. Los ojos fijos, los cabellos sueltos, tendida en un sillón en actitud triste y sombría, miraba vagamente los objetos que estaban delante de ella, y sobre todo la bujía, que vacilaba apagándose. Muy pronto, casi consumida, empezó á chisporrotear en la arandela de cristal; la llama vaciló, se agitó, resplandeció, después desapareció súbitamente, dejando parte de la habitación en tinieblas. Pero los rayos de luna entraban por la ventana; el astro se elevaba por encima del bosque y dibujaba claramente en el suelo las ramas esbeltas y entrelazadas de los grandes olmos del jardín. Algunas veces un soplo de viento inclinaba las copas, y los ligeros filetes negros trazados en el suelo parecían bailar, chocar y torcerse sobre su fondo luminoso. Alina seguía con mirada extraviada estas fantásticas evoluciones; su cabeza fatigada descansaba en su mano, y grandes lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas. En este momento, se oyó un ligero ruido por fuera que llamó su atención. Levantó bruscamente la cabeza; y le pareció que iba á ponerse un dedo en el cristal. Al cabo de un momento vió, en efecto, en el cuadro luminoso iluminado por la luna, adelantarse una

mano y golpear con precaución uno de los cristales de la ventana.

En cualquier otra circunstancia, la señorita de Sawinski se hubiera asustado vivamente; pero en este momento, su desesperación era tan grande que no dejaba lugar al miedo. Alina se adelantó animosamente hacia la ventana; pero cuando llegó á ella se echó hacia atrás precipitadamente; acababa de percibir cerca de ella á un cosaco en pie en la tapia del jardín. No había tenido tiempo de reparar lo delgado del talle, la elegancia de la presencia de esta súbita aparición; pero la había visto este singular personaje y oyó, del otro lado del cristal, una voz muy conocida que murmuraba muy suavemente:

— ¡Alina! ¡Alina! ábreme, no tengas miedo... Soy yo, soy Sacha Nebutoff. Mira.

Y la joven rusa, quitándose su kolpak con pluma, dejó ver á su amiga, bajo los rayos de la luna, las facciones finas y la rubia cabellera de la valerosa Alejandra.

Alina volvió á la ventana, la abrió con prontitud, y la señorita de Nebutoff, saltando por encima del borde de piedra, se encontró en medio del cuarto.

— Vas á saber por qué vengo aquí, á esta hora — dijo á su amiga apretándole la mano. — Dime, Alina, ¿está aquí Witold Turno?

— Sí — respondió la señorita de Sawinski con ahogada voz.

— Eso es; lo han seguido, para decirme en seguida qué camino tomaba al huir. Y bien, Alina, vé á buscar á tu padre para decirle que Turno debe huir en seguida.

— ¿Cómo huir? — replicó Alina llorando. — ¿Cómo quieres que huya, cuando los rusos cercan la casa?

— ¿Ya? — exclamó Alejandra con una expresión desgarradora. — ¡Demasiado tarde! ¡demasiado tarde...! Ya no puedo salvarlo.

— ¿Pero no sabes tú — dijo Alina — que desde anoche un escuadrón de húsares ha llegado aquí; que el capitán ebrio, se ha instalado en el salón; que estamos casi prisioneros en nuestros cuartos?

— ¿Lo han cogido?... ¡ya no hay esperanza...! ¡lo han reconocido...! — exclamó la joven rusa llorando.

— El capitán no lo conoce; ha perdido la filiación, y no lo ha preso en seguida porque mi padre ha hecho creer que Turno era mi primo — respondió dolorosamente Alina.

— ¡Oh! ¡bendito sea tu padre...! ¿Entonces no está preso?

— Aun no... Pero no sé lo que sucederá mañana por la mañana, porque presentándolo como mi primo, mi padre ha dicho al capitán, que hoy era el día que se había fijado para mi boda.

— ¿Y bien? preguntó la señorita de Nebutoff con inquietud.

— Y bien, el oficial ha respondido que no creería nada de esto sin una prueba formal. Ha enviado á buscar á un sacerdote, y quiere que yo me case con Witold, en su presencia, mañana por la mañana.

Alejandra dió un grito y se levantó de su asiento.

— ¿Y qué harás tú? — preguntó ella temblando y mirando á Alina.

— No temo á la muerte... No me casaré con él — respondió la joven con aire sombrío.

— ¿Y qué sucederá entonces?

— Entonces el capitán verá que mi padre lo ha engañado; incendiará la casa y nos llevará á todos á la fortaleza.

— ¿Lo llevará á él? ¡No habrá salvación para él! ¡Oh! Alina; no serás inflexible hasta ese punto... no querrás que muera.

— Daré mi vida por mi prójimo, pero no daré mi corazón... Mi corazón pertenece á Tadeo — replicó con firmeza la joven polaca.

— ¿Tadeo...? ¡Sí, es verdad, Tadeo...! Pero no estás perdida para él. Dirás que era un casamiento forzado, obtendrás el divorcio. Un día volverás á encontrar á tu primo, y esperando, habrás salvado á Witold.

— No, respondió Alina, no lo salvaré con un perjurio. Y lo que me da ánimo para perderlo, es que pierdo á mi padre y á mí al mismo tiempo que á él.

— Alina, ¿no tienes corazón ó no eres más que una insensata! — exclamó Alejandra con acento desgarrador. Quieres vivir para tu primo dices, y por tu amor sacrificas tus deberes de hija y de cristiana. ¡Pero no le llevarás más que la vergüenza, no le conservarás más que un nombre deshonorado! Conozco á mis compatriotas mejor que tú; en sus venganzas tienen refinamientos horribles... Me has hablado de un capitán de húsares que está ebrio. Si tú supieras de lo que es capaz, te llenarías de terror, y te echarías en los brazos de Witold, cuyo nombre y valor podrían protegerte... ¡Alina,

mi amada Alina, sálvale! ¡sálvale, salvándole á ti misma.

— He jurado ser fiel á Tadeo, y cumpliré mi juramento; no quiero abandonarlo, lo amo.

— ¿Hablas tú de amar, Alina? Cállate, porque blasfemas. Esas inmensas abnegaciones, última expresión de una inmensa ternura, tú no la has comprendido jamás. Si amas á tu primo, consérvale para el porvenir una prometida respetada, un nombre honrado por una acción generosa. En el amor, si se quita el sacrificio, no queda ya nada.

— Aquel que ama se olvida de sí mismo y se sacrifica... Escucha, escucha: te voy á decir un secreto que no he revelado nunca y que quería guardarlo siempre, porque estaba triste y envejecida con él. Ese Witold que está aquí, ese Witold que sin ti, va á morir, ese hombre que ha matado á mi hermano y humillado á mi país, lo amo apasionadamente, locamente, con toda la profundidad de mi alma y la abnegación de mi corazón. Y porque lo amo te conjuro de rodillas... y por eso te pido que te cases con él.

Alina, arrancada un momento á su sufrimiento por esta explosión de dolor tan intensa, tan poco prevista, miró con sorpresa y lástima á la señorita Nebutoff, que arrodillada por tierra, le cubría las manos de besos y de lágrimas.

— ¿Y qué, Sacha? — le dijo ella — yo creía que tú no amabas á nadie, y tú tenías también un cariño escondido; ¿y aquel que tú amabas, era él?

— Sí, sí, es él. ¿Pero qué importa? Es preciso que no muera. Escóndelo, sálvalo, Alina. Con tal que viva, me será fácil renunciar á él!

— ¡Si tu renuncias á él con tanta facilidad, es porque no eres amada! — exclamó Alina, echándose á llorar.

— ¡Escucha, no me humilles, me matas! No soy amada, es verdad, y sin embargo, me parece que lo veía enternecerse. Tal vez hubiera llegado un día que me hubiera dado por lástima una parte de su ternura. Acuérdate, Alina, lo que me dijiste un día: «Creo en la potencia del amor sincero.» Cediéndotelo, abandono todo mi porvenir, mato todas mis esperanzas y, sin embargo, no lo siento, porque se trata de salvarlo. El sacrificio es más penoso aun porque yo no estoy segura de su amor... Pero tú, arrogante y feliz, con tu cariño correspondido, ¿puedes concebir un temor y pararte ante un obstáculo? ¿Crees tú que Tadeo te guarde rencor, por haber hecho un sacrificio momentáneo, salvando la vida á su hermano de armas, salvando también tu honor, que es su más precioso tesoro...? ¿Afligirse él...? ¿dudar él de ti...? Al contrario, te bendecirá, y un día, después de vuestro verdadero casamiento, tendrás todo su respeto para recompensa de una hora de abnegación.

Alina estaba conmovida, temblorosa; exhausta por las angustias y por las lágrimas, se dejó convencer por las razones de Alejandra.

— Máchate tranquila — le dijo abrazándola; — voy á ir á prevenir á mi padre.

Tu Witold estará libre mañana.

¡Oh! gracias, gracias; eres un ángel. ¡Que el amor de Tadeo te recompense y glorifique!

— Eso es lo que me consuela — respondió llorando Alina; — es que si Tadeo desconfia de mí, no viviré mucho tiempo.

— No hables así, Alina mía, serás amada y serás feliz. Eres buena y sensible; lo has merecido bien. Pero la luna declina ya; hace mucho tiempo que estoy aquí; es menester irme. Adiós. Y Alejandra abrazó con ternura á su amiga.

— ¿No tienes miedo de irte sola? — preguntó Alina.

— No pensaba en el miedo, no veía más que el peligro de Witold — respondió la joven rusa. — No tengas cuidado, me espera mi hermano de leche á la entrada del bosque.

Después volvió hacia atrás, en el momento que iba á pasar la ventana.

— ¿Dónde está Witold? — preguntó muy bajo á su amiga.

— Creo que en el salón, con el capitán.

— Gracias, Alina, y adiós.

Alejandra, cuando bajó al jardín siguió con precaución la banda de musgo que se extendía á lo largo de los muros. Muy pronto llegó á la fachada que daba al patio y en la cual se destacaban las ventanas del salón, aun iluminadas. Hacia esta claridad se dirigió la joven. Andando sobre la punta de los pies y reteniendo su respiración, oyó roncar en las cuerdas á los húsares dormidos, y sin que la sintieran pasó á treinta pasos de los centinelas.

Cuando llegó delante de una de las ventanas del salón, apartó suavemente las ramas de saúco que tapaban los cristales y miró en el interior del cuarto. El capitán de húsares, teniendo siempre su pipa, estaba medio dormido en un sillón. No lejos de él,

enfrente de la ventana, estaba sentado Witold, con el codo apoyado en la mesa y la cabeza inclinada sobre su mano. Aun en esta noche solemne, en esta vigilia tan dolorosa, su frente estaba altanera, su mirada acerada y brillante. Solamente en los contornos de su boca, una ligera arruga revelaba un sufrimiento oculto, y Alejandra veía crispase algunas veces sus robustos dedos, como si contuviese una tempestad interior á fuerza de energía y de voluntad. La joven se sintió casi consagrada encontrándolo, á pesar de la reciente adversidad, siempre tan valiente y tan noble. «Aun tendrá la gloria y días hermosos, pensó ella. Será feliz, libre, triunfador: nunca sabrá que hubiera querido vivir y morir á su lado, y que de lejos le consagraré mis afectos más constantes, mis pensamientos más tiernos... ¡Oh Witold, Witold, que no haya yo sufrido por vos en vano! ¡Que mi desesperación de este instante sea pagada en bendiciones y en victorias!»

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Calendario del agricultor. — Octubre. En la mayor parte de las tierras de pan llevar, se siembran cereales ó semillas de plantas pratenses, como son algarrobas, alfalfa, esparceta, etc., bien solas ó mezcladas con cebada ú otras gramíneas. Antes se dan labores intensas á los campos, tanto á los que deban ser sembrados, como á los que se destinen al barbecho.

En las huertas se verifica la siembra de lechuga, coles de verano, guisantes, rábanos, espinacas, y se plantan coles tardías de invierno, y lechugas de todas clases.

Se reserva el estiércol de caballo para hacer camas calientes, y se remoja el del año anterior, á fin de utilizarlo en la preparación de los semilleros. Se recortan los espárragos.

Se efectúa la recolección de la aceituna verde destinada á la obtención de aceite, ó para su conserva, con las debidas preparaciones.

Se recolecta la bellota de los encinares y robledales, y los frutos de otros árboles análogos, guardándolos entre arena si se destinan á la siembra para la repoblación de terrenos.

Comiézase el cebo del ganado de cerda destinado al consumo, y también este mes es propio para el destete de los potros, dándoles forrajes tiernos.

En jardinería se plantan esquejes de claveles y de otras plantas que florezcan en primavera.

El puente más elevado. — En el Estado de Pensylvania (Estados-Unidos) se está levantando el puente sobre el río Kingua, elevado sobre sus aguas 91 metros 74 centímetros, cuyo nivel superior se halla á 640 metros sobre el nivel del mar. Este puente se construye de hierro y sillería, y deberá estar terminado dentro de un año, siendo el puente más alto de los que actualmente existen en el mundo.

Nuevo reloj solar. — Mr. Cornelonp, fabricante de relojes, acaba de construir un modelo especial, con el cual, y por medio del sol, se puede conocer la hora en cualquier latitud donde se encuentre un observador algo entendido, sin que sean precisos conocimientos científicos de ninguna especie, siendo suficiente nada más que un poco de cuidado para manejar el citado instrumento con suma facilidad.

Sobre una base cuadrada se levanta una columna vertical hacia un extremo, la cual sostiene un arco graduado que permite determinar inclinaciones diferentes, según la latitud del lugar en que se opera. En la parte superior de esta columna está el instrumento en cuestión, el que por medio de un tornillo se fija más ó menos inclinado, según hemos dicho, pero siempre bajo un mismo plano vertical; dicho instrumento, que lo constituye una placa, tiene á un extremo un círculo graduado, y al otro un estilo que vuela elevándose sobre dicha placa. Ambas partes son solidarias, y tanto el centro del círculo graduado, como la línea trazada por él sobre la placa y el punto culminante del estilo, deben estar en un solo plano vertical.

Con una brújula que lleva este aparato en su base, se orienta el plano vertical citado en que gira el instrumento, propiamente dicho, fijándose bajo el ángulo que indique una lista de latitudes diversas que acompaña al aparato, y calculadas al efecto por un astrónomo.

Conseguida la orientación del aparato, se mueve el estilo de derecha á izquierda hasta que el rayo luminoso que determina el agujero de su punto culminante coincide con línea del medio día, trazada sobre la placa; ahora bien, como la aguja del

círculo graduado está ligada al estilo, tan pronto como se verifique la anterior coincidencia, dicha aguja marcará, asimismo, la hora en el momento de la observación sobre el círculo graduado, que lo constituye una esfera de reloj.

Al orientar el aparato debe tenerse en cuenta la declinación de la brújula, ó sea la desviación variable que hace la aguja de este instrumento auxiliar en cada lugar de la tierra y aún en cada tiempo distinto en que deba apreciarse, pues dicha inclinación se altera por muchas causas, tanto, que en las observaciones delicadas con la brújula, conviene verificar todas las semanas su declinación, porque suele variar en cuatro ó seis días algunos minutos.

A este pequeño aparato, que puede llevarse en un bolsillo, acompaña la instrucción correspondiente, tanto para facilitar su manejo, como para resolver cuantas dudas ocurran al más inexperto observador.

Por lo demás, es utilísimo á los exploradores de los países ignotos, donde si se desahoga un reloj, no es posible componerle fácilmente; del mismo modo, es de gran utilidad para las casas de campo, expediciones militares, y en general para aquellos que tienen necesidad de vivir lejos de toda población.

Abono animal para la agricultura. — Los restos de animales muertos se aprovechan para diversos objetos industriales, obteniéndose de ellos varios productos; hay varios sistemas para el indicado objeto, pero tratándose de animales que hayan muerto de enfermedad contagiosa, es preciso seguir un procedimiento que no ofrezca peligro de propagación de los gérmenes de la enfermedad á otros animales vivos.

Se ha observado que, enterrada alguna bestia muerta de carbunco, se contagiaban otras que pastaban en el terreno. Sobre este particular se han hecho detenidos experimentos, siendo muy de notar los estudios hechos por el sabio químico Mr. Pasteur, que demuestran la necesidad de observar muchas precauciones para evitar el contagio y propagación de cierta clase de enfermedades.

El hacer hervir el cadáver ó quemarlo, son procedimientos seguros, pero resultan caros y son engorrosos, tratándose de animales de corpulencia.

El sistema á que nos referimos, consiste en tratar el cuerpo muerto por el ácido sulfúrico, y aprovechar luego el conjunto en preparar superfosfato de cal. En un depósito de plomo, conteniendo ácido sulfúrico de concentración regular, se coloca el cadáver, que es disuelto rápidamente por el ácido, á la temperatura ordinaria, y á las 48 horas queda todo concentrado en un líquido oscuro y grasiento. Sumergidos en una cuba forrada de plomo, con ácido sulfúrico de 60° Beaumé, varios carneros muertos de carbunco, con su lana larga y todos los órganos del animal, se observó que no quedaba la menor parte sólida á las 48 horas de inmersión en el ácido, así como también la destrucción de los gérmenes del virus carbuncoso, por cuanto inyectada la grasa que sobrenada en el líquido en otros animales, éstos no contrajeron la referida enfermedad, ni molestia ni alteración alguna en los actos fisiológicos.

Este líquido tiene energía suficiente para atacar los fosfatos de cal y producir superfosfatos de gran poder, empleados como abonos para fertilizar las tierras.

En Francia ha hecho curiosos ensayos sobre este particular Mr. Girasol, de los cuales referimos el siguiente resultado:

«Una cantidad de ácido sulfúrico de 60°, y que pesaba 321 kilogramos, disolvió en ocho días nueve carneros, cuyo peso ascendía á 204 kilogramos. Del líquido obtenido, 525 kilogramos se separaron 25 de grasa, y los 500 restantes se pusieron en contacto con 440 de fosfatos pobres de las Ardenas, obteniéndose 940 de superfosfato. Analizado este abono, contenía 0,36 por 100 de nitrógeno, 5,86 de ácido fosfórico insoluble, y su valor, unido al de la grasa, equivalía á 83 francos: los gastos para el ácido y los minerales empleados, no se elevaban á 46 francos; de modo que la operación dejaba un beneficio de 37 francos.»

Este procedimiento tiene ventajosa aplicación en parajes donde el ácido sulfúrico pueda obtenerse á precio económico, y, como es natural, tan sólo tratándose de animales muertos á consecuencia de epidemias en el ganado, ó de animales que no puedan aprovecharse para el consumo como alimento.

El doundaké. — Los indígenas del río Núñez usan como medicamento antifebril la corteza del arbusto llamado *doundaké*, que se encuentra en la costa occidental del África. Esta planta es probable pertenezca á la familia de las rubiáceas; su corteza

es de color rojo anaranjado, de un sabor amargo muy pronunciado, y está formado por laminillas emparradas, que fácilmente se pueden separar unas de otras.

De la corteza del *doundaké* se ha extraído una base á que se ha llamado *doundakina*, con la cual se han practicado diversos ensayos en animales para conocer la acción que ejerce en el organismo animal. Para ello se han usado perros y conejos de Indias, observándose que dicha sustancia medicinal ejerce su acción fisiológica en la protuberancia y en el bulbo, y determina en la rana y conejo de Indias cierto estado semejante á la catalepsia, que no es apreciable ó evidente en el perro, aunque cae en un estado de inmovilidad que indica una tendencia al estado cataléptico.

Los ensayos continúan para apreciar los resultados que en la práctica dé este medicamento en reemplazo de otros febrífugos usados para la curación de las intermitentes y fiebres palúdicas.

Un nuevo empedrado. — En Berlín se está ensayando con el mejor éxito un nuevo sistema de empedrado, que resiste más que el asfalto comprimido y aun que el mismo granito. La prueba se está llevando á cabo en una calle de mucha circulación, en la que no aguantan más de un año aquellos materiales, y sin embargo, hasta la presente, el nuevo sistema no resulta con sensibles deterioros.

Veamos en qué consiste el nuevo procedimiento: Se toman ladrillos ordinarios y se desecan completamente, sometiéndoles en un horno á una buena temperatura; en seguida se llevan á un depósito de betún, donde absorben de un 15 á un 20 por 100 de esta sustancia en fusión, y así, de frágil que era antes el ladrillo, se vuelve en este caso elástico y resistente como el mejor de los materiales que puedan servir para empedrados.

MISCELÁNEA

Su Santidad, por decreto de la Congregación de Ritos, ha ordenado que en el presente año se celebre, como en los anteriores, el mes del Rosario desde 1.º de Octubre al 2 de Noviembre, rezándose tres veces al día una parte del mismo y concediéndose indulgencia en la misma forma que en los años precedentes. Se desea también por el Sumo Pontífice que, donde sea factible, las Congregaciones del Rosario salgan procesional y públicamente en dicho mes.

Por lo que puede interesar á los labradores transcribimos el siguiente párrafo de un diario de Tarragona:

«Excelentes experimentos verificados en Inglaterra han venido á demostrar que no sólo disminuyen las cosechas en razón directa de la mayor ó menor tardanza de la siembra, sino que también el peso del grano sufre gran disminución en los cereales de sementera tardía, sobre todo el centeno y el trigo.

«El argumento en favor de la sementera temprana no puede ser más concluyente, y bueno sería que nuestros labradores hicieran por sí propios los ensayos convenientes para su comprobación.»

Según el cuadro sinóptico presentado por el señor subsecretario de Gracia y Justicia, y que acompaña como apéndice al discurso de apertura de los tribunales, éstos han terminado desde el 15 de Julio de 1884 hasta igual día del año corriente, los siguientes trabajos judiciales:

Negocios civiles 218.278, en esta forma: actos de conciliación, 36.709; juicios verbales en primera instancia, 97.828; en segunda, 8.770; total, 106.598; juicios principales en primera, 15.031; en segunda, 1.974; total, 17.005; incidentes y ejecuciones de sentencia en primera, 9.051; en segunda, 1.834; total, 10.885; recursos de fuerza, 1: asuntos contencioso-administrativos, 34; actos de jurisdicción voluntaria 46.124; Tribunal Supremo, 922.

Negocios criminales, 143.705, distribuidos en esta forma: juicios de faltas, en primera instancia, 57.114; en segunda, 4.651; total, 62.365; causas criminales sobreesdidas, 53.641; en primera instancia, 3.545; en segunda, 1.693; en única instancia y juicio oral, 20.052; en el Tribunal Supremo, 2.409.

También se han despachado 200.092 asuntos indeterminados por los siguientes tribunales: por los juzgados municipales, 65.301; por los de primera instancia, 134.791.

Expedientes gubernativos han sido despachados en las Audiencias de lo criminal, 2.871; en las

Audiencias territoriales, 40.339; total, 43.210.

El total de los asuntos despachados en el año último asciende al número de 605.441.

De los negocios civiles terminaron en los juzgados municipales 153.238; en los de primera instancia, 60.275; en las Audiencias, 3.843; en el Tribunal Supremo, 292.

De los negocios civiles terminaron en los juzgados municipales 57.714; en los juzgados de primera instancia, 22.712; en las Audiencias de lo criminal, 37.677; en las territoriales, 23.193; en el Supremo 2.409.

Asuntos indeterminados y expedientes gubernativos, despacharon: los juzgados municipales, 65.301; los de primera instancia, 134.791; las Audiencias de lo criminal, 2.871; las Audiencias territoriales, 40.339; el Tribunal Supremo, 156.

He aquí los acuerdos concernientes al sistema telefónico internacional aprobados en la conferencia de Berlín.

1.º Las administraciones de los Estados contratantes se establecerán como requiere la comunica-

ción telefónica internacional, ó por otras vías existentes y ya aceptadas.

2.º En defecto de un arreglo especial entre las indicadas administraciones, se hará que todas las vías concurren al teléfono central, y conseguido esto, puede éste funcionar para el servicio público ó para las casas particulares, oficinas y talleres.

3.º Las administraciones se pondrán de acuerdo respecto del material que debe emplearse y de los demás detalles y pormenores del servicio.

Fijarán también la tarifa que debe pagarse en cada línea.



GRAN MÁQUINA EXCAVADORA DESTINADA Á LOS TRABAJOS DEL CANAL DE PANAMÁ,

Ensayada en París en presencia de Mr. de Lesseps.

4.º La unidad adoptada para fijar las tarifas y la duración de las comunicaciones es una conversación que dure cinco minutos.

5.º El uso del teléfono estará explicado en el reglamento. El mismo corresponsal no podrá usar el teléfono más que durante dos conversaciones consecutivas de cinco minutos cada una, excepto cuando no lo necesite otro mientras, ó durante esas conversaciones.

También han sido aprobadas por la comisión las siguientes tarifas con respecto al precio que se establece en los reglamentos:

1.ª En los reglamentos de la estación central se establecerá el precio y el medio de transmisión por conducto del telégrafo que se adopte entre las diferentes estaciones.

Las órdenes telegráficas estarán reguladas por un tratado, como lo están generalmente los telegramas privados.

Todas se someterán á las mismas condiciones últimamente convenidas y á las formalidades de la urgencia, repetición, acusación del recibo y á la distribución por el correo ó por mensajero. Se estipulará además la cantidad que deberán percibir los mensajeros.

2.ª Las órdenes telegráficas serán enviadas por la oficina que reciba el precio y por las en donde deben pagarse.

3.ª La repetición parcial es obligatoria.

La oficina receptora tomará las medidas que le

parezcan admisibles para la transmisión de las órdenes á la persona á quien van dirigidas, y para la percepción del coste de conducción por las demás líneas.

El día 21 del corriente se inauguró en la plaza del Dos de Mayo, esquina á la calle de Daoiz, el edificio de la escuela modelo patrocinado por el Ayuntamiento de esta Corte.

« Todo ha estado muy bien, decía un periódico describiendo la solemnidad, pero esto no ha impedido que hayamos experimentado dos grandes tristezas. En primer lugar, en el solar del edificio existía antes otro edificio de glorioso recuerdo para la patria, en el cual estaba enclavado el convento de las Maravillas, cuyas religiosas tan eficaces auxilios prestaron á los héroes del Dos de Mayo. La revolución se incautó en 1869, contra toda razón y contra toda justicia, de dicho convento, arrojando violentamente de su casa á las esposas del Señor. ¡Una nueva espoliación que registra la historia del período revolucionario!

En segundo lugar, casi todo el material de la escuela era extranjero. ¡Qué dos tristezas, repetimos!

El Sr. Guijarro, Cura de San Luis, leyó un bien meditado, elocuente y aplaudido discurso. El señor Valero leyó una poesía del Sr. Grilo. El señor Vico leyó otra del Sr. Echegaray. Por último, habló el Sr. Bosch. El discurso del alcalde ha sido verdaderamente brillante. Inspirado en las ideas buenas

ha dado un concepto espiritualista é integral de la instrucción, tratándola como cuestión social, con singular atención, y con referencia particularmente á la educación de los obreros. »

Quiera Dios que la escuela modelo no desmienta nunca este nombre.

La casa constructora Nordenfelt ha presentado al Gobierno español un modelo de cañón para buques de 57 milímetros, de nueva invención, cuyas condiciones son las siguientes:

Peso 315 kilos; longitud del cañón, 2,27 metros; rayas progresivas de 1 á 30 metros; número de rayas, 24; peso de la carga, 890 gramos; peso del proyectil, 3 kilos; peso del cartucho, 5 kilos (metálico); longitud del cartucho 1/2 metro próximamente; velocidad inicial (dato el más importante) 613 metros; rapidez del fuego, de 25 á 30 disparos por minuto; por lo que se refiere á su potencia, á 500 metros perfora planchas de 12 centímetros.

Dichos cañones pueden utilizarse, especialmente para batir cruceros no blindados, torpederos antes de entrar en el radio de acción de las ametralladoras y cañones de menor calibre y para la guerra entre torpederos.

El precio del cañón Nordenfelt, incluyendo su montaje, es aproximadamente de unas 30.000 pesetas.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.